



MELITON AMORES GONZALEZ



¡Viene el Regimiento!

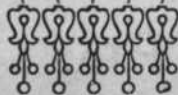


COMEDIA EN TRES ACTOS

Y DOS CUADROS



Estrenada en el Teatro
del Círculo Católico de Astorga,
el 20 de Mayo de 1925, en ho-
nor del Regimiento de las
Órdenes Militares.



IMP. SIERRA
ASTORGA — 1925



T. 97704 C.

¡Viene el Regimiento!

Comedia en tres actos y dos cuadros

original de

Melitón Amores González



Estrenada en el Teatro del Círculo Católico de
Astorga el 20 de Mayo de 1925, en honor del
Regimiento de las Ordenes Militares



CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



1925

IMP. Y LIT. DE SIERRA

MANUEL GULLÓN, 1

ASTORGA

Esta obra es propiedad de su autor
Los representantes de la SOCIEDAD DE
AUTORES ESPAÑOLES son los encarga-
dos del cobro de los derechos de propiedad.

A los Señores Coronel, Jefes, Oficiales, Clases
y Tropa del Regimiento de Infantería
de las Órdenes Militares.

*Señores: La venida del glorioso
Regimiento de las ORDENES MILITARES
a esta ciudad de Astorga dió motivo
a la composición de esta humilde obrita,
que en vuestro honor se estrenó en el
Teatro del Circulo Católico como ho-
menaje de simpatía y cariñoso reci-
bimiento.*

*Correspondiendo a los repetidos y
calurosos aplausos que bondadosamen-
te le prodigasteis os la dedica afectuo-
samente*

El Autor

Reparto

PERSONAJES

ACTORES

<i>Merceditas</i> (22 años)..	Srta. Eulogia Julián.
<i>Amparo</i> (20 id.).....	» Angeles Casado
<i>Gloria</i> (23 id.).....	» Margarita Julián.
<i>Celia</i> (23 id.).....	» Herminia Seco.
<i>Margarita</i> (19 id.)....	» Pilar Julián.
<i>Sofía</i> (18 id.).....	» Amor Julián.
<i>Doña Emilia</i> (50 id.)...	» Socorro Suárez.
<i>Doña Antonia</i> (48 id.)...	» Maura Gutiérrez.
<i>Doña Tecla</i> (60 id.)...	» Victorina Perandones
<i>Pepito</i> (24 id.).....	D. Dámaso Cansado.
<i>Juanito</i> (25 id.).....	» Jerónimo Criado.
<i>Alfredo (Capitán)</i> (28 id.)	» Luis Alonso.
<i>Rodolfo (Teniente)</i> (25 id.)	» Angel Gómez.
<i>Alberto (Teniente)</i> (24 id.)	» Leopoldo Panero.
<i>Cristóbal, (Asistente del Capitán)</i> (22 id.)....	» Mariano Julián.
<i>D. Salustiano</i> (52 id.)..	» Florencio Flores.
<i>D. Andrés</i> (43 id.).....	» Euquerio Cansado
<i>Un sereno.</i>	





ACTO PRIMERO

Comedor elegante y espacioso en casa de D. Salustiano Castillo. Puerta al foro y laterales. Un reloj de pared da las nueve de la noche. Es una noche de Diciembre y habrá en el comedor calefacción, o camilla con brasero, a gusto del director de escena.

Al levantarse el telón acaban de cenar y están sentados a la mesa D. Salustiano, D.^a Emilia, D.^a Tecla, Merceditas y Juanito. Sofía, una simpática doméstica, retira el servicio de la mesa y entra y sale por el foro.

D. Salustiano.—(*Levantándose de la mesa*)
Tráeme el abrigo y el sombrero, Sofía.

Sofía.—En seguida, señorito. (*Sale por el foro*).

D.^a Emilia.—¿Pero vas a salir ahora, Salustiano?

Salustiano.—Mujer voy un momento al casino a ver, o mejor, a oír lo que se murmura; esta tarde no he ido y hay que estar siempre al corriente de todo.

Emilia.—¡Maldito vicio!

Safustiano.—Si eso no es vicio, mujer; no es más que un poco de curiosidad.

Emilia.—¡Pues maldita curiosidad!

Safustiano.—Es un momento; verás como vuelvo en seguida.

Emilia.—¡Un momento! Si sólo fuera un momento... pero a lo mejor te cae la partida de tresillo, y entonces será ello.

Merceditas.—Papá, que van a venir las chicas de tu amigo D. Andrés y no vas a estar en casa.

Safustiano.—Las recibís Juanito y tú con mamá y tía Tecla, ¿te parece poco?

Juanito.—Si es que vendrá D. Andrés con ellas.

Safustiano.—¡Ah! Eso es otra *tecla*; pero ya os digo que estaré sólo un momento.

Sofía.—El abrigo y el sombrero, señor. (*Se los da y se marcha.*)

Safustiano.—(*Poniéndose el abrigo a lo que le ayuda Mercedes*) Diez minutos solamente no van a ninguna parte, y vereis cómo cumplo mi palabra.

D.^a Tecla.—Anda con Dios, hombre; que si no sales esta noche te va a dar un tabardillo.

(*Esta doña Tecla es una solterona de 60 años bien vividos. Viste a la antigua y habla muy a la antigua, conforme a la educación de su tiempo.*)

Safustiano.—¡Gracias a Dios, cuñadita, que has abierto ese piquito de oro! ¿Pero qué em-

peño teneis todos en que me quede aquí metido en el sillón?

Peela.—Por mí ninguno; anda, vete.

Emilia.—Y por nosotros lo mismo; marcha cuando quieras.

Salustiano.—Pues adiós; ya me veréis aquí dentro de un rato. ¡Caramba, qué pelmas! (*Se va por el foro.*)

Peela.—Emilia, ya ves que no puede ser; un vicio siempre es un vicio.

Emilia.—No, mujer; si ya Salustiano no juega. Es que el día que no da una vuelta por el casino no duerme por la noche.

Peela.—¡Quizá le darán pesadillas!

Emilia.—No sé; algo así debe de ser.

Merceditas.—Juanito, tú no saldrás esta noche, que va a venir Amparito.

Juanito.—Si viene, claro que no salgo.

Emilia.—¿Pero estás triste, hijo mío?

Juanito.—¿Yo? No, mamá.

Emilia.—Si estás callado y como algo pensativo esta noche.

Merceditas.—Es que Amparito lo tiene algo trastornado y como a mal traer.

Juanito.—No le hagas caso, mamá.

Merceditas.—Voy a arreglarme un poquito, por que ya estarán al venir (*Vase por el foro.*)

Peela.—Y yo también voy. (*Id.*)

Emilia.—Pero ¿qué te noto hoy? Dime que tienes.

Juanito.—Nada, mamá; si no tengo nada, ni estoy pensativo ni triste, como tú crees.

Emilia.—Por Dios, no me engañes, Juan. ¿Es que quieres a Amparito?

Juanito.—¿Te gusta a tí que la quiera?

Emilia.—Mi gusto será el tuyo.

Juanito.—No es que tu gusto sea el mio; es que antes de dar ningún paso quiere saber tu hijo si le gusta esa chica a su mamá.

Emilia.—Es buena chica, guapa, juiciosa, y buena y creo que es un buen partido. Ya sabes como piensa tu mamá ¿Y ella te quiere?

Juanito.—Eso creo, aunque nunca le he dicho nada hasta saber si a tí te agradaba. Tal vez sean ilusiones mías.

Emilia.—Han llamado. ¿No has oído? Serán ellas. (*Se levanta*).

Juanito.—De seguro. (*Id.*)

Sofía.—(*A la puerta*) Los señores de Rosillo.

Emilia.—Que pasen. Aquí haremos al tertulia.

Sofía.—(*Dentro*) Pasen ustedes. Ahí estan la señora y el señorito.

(*Entran por el foro Gloria, Margarita y D. Andrés.*)

Emilia.—¡Hola, niñas; Gloria, Margarita!

Gloria y Margarita.—¿Qué tal, doña Emilia? (*Se besan*).

Emilia.—Bien y ¿vosotras? ¡Bien venido, don Andrés! (*Juanito y las chicas se saludan.*)

Andrés.—¡Mi señora doña Emilia! ¿Qué tal?
(*Se dan la mano.*)

Emilia.—Bien y ¿usted? ¡El tiempo que hace que no pisa usted esta casa, que es la suya!

Andrés.—¡Gracias, doña Emilia! Es cierto; por eso sabiendo que las chicas venían esta noche, aproveché la ocasión de venir a saludarla y a pasar un ratito agradable. (*A Juanito*) ¡Hombre, Juanito, qué dicha encontrarte aquí! (*Se saludan.*)

Juanito.—¡Dichoso usted, don Andrés, con este par de azucenas!

Gloria.—¡Gracias, Juanito!

Margarita.—¡No todos los días se oye un piropo de esa clase! (*Se sientan y hablan con Juanito en voz baja.*)

Emilia.—Siéntense ustedes, que voy a avisar a Merceditas, que anda por allá dentro.

Andrés.—Déjela usted si está ocupada. ¿Y su hermana?

Emilia.—Como siempre, D. Andrés; tan rara y tan divertida.

Andrés.—Ya hemos visto a D. Salustiano que iba para el casino y nos dijo que volvía pronto.

Emilia.—Es ya una manía la que tiene de ir un rato al casino, que la noche que no va no quedo yo muy tranquila. El tiene que ir a saber cuatro noticias.

Andrés.—Es un poco de distracción. ¿No

ve usted que lo mejor del día lo pasa en la oficina? (*Siguen hablando en voz baja*)

Juanito.—¿Hace mucho tiempo que no ves al médico, Margarita?

Margarita.—¡Jesús! ¿Porqué? ¡Si estoy buena! ¡No me hace falta medicina alguna!

Juanito.—No te hagas la desentendida; ya sabes tú de quien hablo.

Gloria.—¡Ja, ja! Juanito, si no hay nada de lo que decían.

Juanito.—¿Pero de verdad no hay nada?

Margarita.—Nada, nada; todo quedó en palabras y en habladurías de la gente.

Merceditas.—¡Buenas noches, don Andrés! ¿Qué tal desde esta tarde? (*Se dan la mano*).

Andrés.—¡Hola, Merceditas! ¡Buenas noches! Tú siempre tan guapa y tan elegante.

Merceditas.—¡Gracias, gracias! ¿Qué hay, niñas?

Margarita.—¡Hola, Mercedes! (*Se besan*).

Gloria.—Ya nos tienes aquí, Merceditas. (*Id.*)

Merceditas.—(*Se sienta entre Gloria y Margarita*) Me parecía ya que tardábais.

Gloria.—Hemos visto a las de Gómez y nos dijeron que no podían venir esta noche.

Merceditas.—Me mandaron aviso; pero espero que vendrán las de Macías.

Emilia.—Merceditas, ¿no te parece que ya tarda papá?

Merceditas.—No, mamá, si prometió estar un ratito solamente y no lleva aún diez minutos,

así que vendrá en seguida. De todos modos, si quieres, le llamaré por teléfono.

Andrés.—Dejadlo que se distraiga, no hay prisa.

Merceditas.—Han llamado. Deben de ser las de Macías. Vamos, Gloria, Margarita, vamos a recibirlas. (*Salen las tres y Juanito con ellas. Se oye hablar y reir dentro.*)

Andrés.—¡Quién fuera de la edad de estos niños, doña Emilia.

Emilia.—Es verdad, don Andrés; ¡qué edad más venturosa! sin preocupaciones y sin penas.

Andrés.—Y llena de encantos y de vida, en la que todo se ve de color de rosa.

Entran D.^a Antonia con Celia, Amparo y Pepito seguidos de Mercedes, Gloria, Margarita y Juanito. Los recién llegados se saludan con D.^a Emilia y D. Andrés. Luego se sientan en dos grupos: los papás a la camilla y los jóvenes aparte; Juanito junto a Amparo. Estos hablan solos en voz baja sin atender a la conversación de los demás, que hablan también en voz baja mientras hablan los papás.

Emilia.—Vamos, vamos, perezosillas; ya les habíamos puesto falta.

D.^a Antonia.—¡Buenas noches!

Pepito, Celia y Amparo.—¡Buenas noches!

Andrés.—¡Bien venidas, D.^a Antonia! ¡Hola, pollitas! (*Se sientan todos como se ha dicho.*)

Antonia.—Hija, creí que no podía llegar.

Emilia.—¿Pues cómo? ¿Qué le sucede?

Antonía.—Estos malditos callos que no me dejan andar a gusto.

Emilia.—No me diga usted nada, que yo he pasado unos días fatales con ellos. No podía moverme.

Antonía.—¿También usted? Entonces sabrá lo que es bueno.

Andrés.—¡Claro! Con esos zapatitos y esas botitas que la moda les impone... no es extraño que crien, no digo un callo, sino una *callada*.

Antonía.—Pero parece imposible que no haya un remedio para ellos.

Emilia.—Si hubiera [aquí un pedicuro le aseguro que yo sería una de sus clientes más asíduas.

Antonía.—Y yo sería otra.

Andrés.—Remedio si hay, pero ustedes no lo usan.

Antonía.—¿Cuál?

Andrés.—Uno muy sencillo. Un calzado amplio y cómodo, con menos puntita y menos tacón. Pero, ¡claro! la mujer es esclava de la moda y lo será por los siglos de los siglos. Ya les digo yo a mis chicas que no se me quejen de los callos.

Gloria.—¿Qué dices, papá?

Andrés.—Nada, hija, nada.

Emilia.—¿Les parece a ustedes que pasemos al gabinete? Así dejamos a los chicos solos.

Antonía.—Vamos, sí, y veremos a tu hermana Tecla.

Andrés.—Vamos donde ustedes quieran.

Emilia.—Pues vamos. (*Vanse por la puerta de la derecha D.^a Antonia, D.^a Emilia y don Andrés.*)

Pepito.—Gloria, Margarita, ¿sabéis lo que por ahí se habla?

Gloria.—¿Qué se dice?

Margarita.—A ver, a ver que noticias trae Pepito.

Merceditas.—¿Interesantes, Pepito? ¿O son una fantasía más de las tuyas?

Pepito.—Que dentro de poco tendremos en nuestra ciudad el Regimiento que está destinado a ocupar el cuartel que a este fin se ha construido.

Gloria.—¿De veras? ¡Ay que gusto!

Merceditas.—Si no es como la vez pasada que dieron orden de que viniera y luego nos quedamos...

Margarita.—Porque hubo contraorden.

Merceditas.—Por eso mismo, porque hubo contraorden.

Gloria.—Y quién te lo ha dicho a tí, Pepito?

Pepito.—Lo he oído por ahí, no recuerdo dónde.

Merceditas.—¿Lo veis? Una fantasía más.

Margarita.—¿Y cuándo vendrá?

Pepito.—Dicen que muy pronto.

Gloria.—¿Qué más quisiéramos nosotras, que tan pronto se colmaran nuestros deseos!

Pepito.—Que son los deseos de la mayor parte de las chicas de la ciudad.

Margarita.—¡Ay, qué gracia!

Pepito.—Mercedes, ¿qué te parece?

Merceditas.—Que sí, que hace mucha falta que venga pronto el regimiento. ¡Ojalá fuera mañana! Pero no es así.

Celia.—No hagais caso; no debe de ser cierta la noticia, porque ya veis que Pepito venía con mamá y nosotras y ni en casa ni fuera nos ha dicho nada.

Pepito.—Porque no me acordé; ¡mira esta! Como a mí no me interesa tanto el Regimiento como a vosotras... Si fuera un regimiento de mujeres bonitas puede ser que me interesara algo más que uno de hombres.

Celia.—Tienes razón. Por eso nos interesa a nosotras más éste.

Gloria.—Pues yo ya estoy haciendo una novena a Santa Rita, que es abogada de lo imposible, para que vengan pronto los militares.

Merceditas.—Y yo rezo todos los días a San Antonio de Padua, que es el encargado de proporcionar un buen novio a las chicas, para que vengan cuando antes.

Margarita.—Pues, hijas, yo no rezo a nadie para eso. Si han de venir ya vendrán.

Pepito.—Vendrán, vendrán, no lo dudes. Pero, chicas; se os ha desatado a todas un apetito que... ¡ya, ya! ¡Como si aquí no hubiera novios en abundancia.

Gloria.—¿Aquí? Aquí no hay apenas novios para veinte chicas. Y todos parece que tienen horror al matrimonio.

Merceditas.—Y los que hay no nos gustan nada.

Pepito.—¡Muchas gracias, Merceditas!

Margarita.—Son aburridos y sosos.

Celia.—Y viejos.

Merceditas.—Y unos mariposones que hablan con todas las chicas, como si a todas las quisieran, y luego si te he visto no me acuerdo.

Pepito.—Pues, hijas; ¡vaya una descarga! ¡Nos estais poniendo buenos!

Merceditas.—No lo decimos por ti, Pepito; perdona estos desahogos; pero esta es la verdad.

Pepito.—Pero, chicas; si todas hablais y pensais lo mismo. No sé lo que habéis creído con la venida del Regimiento. ¡Lo menos pensais que van a venir novios a montones! ¡Luego veremos... y hablaremos!

Celia.—Como que desde que se empezó a hacer el cuartel no piensan las chicas más que en los militares.

Margarita.—Dí mejor: no pensamos.

Celia.—Bueno yo también.

Merceditas.—Como que a mi me dijo una chica el otro día. «Yo, hija mía, no me echo novio hasta que venga el Regimiento».

Margarita.—Y Agustina, ya sabeis que, desde que se dijo que iba a venir el Regimiento,

entibió sus relaciones con el novio hasta que se dejaron.

Celia.—¡Claro! Quería un sueldo fijo y bueno como lo tienen los militares...

Gloria.—Es que esa chica es muy coqueta.

Merceditas.—(*Por Juanito y Amparo.*) Mirad qué animada está esta parejita; a pesar de lo que estamos hablando ni se enteran.

Gloria.—¡Ya, ya! A Amparo no le hace ya falta el Regimiento. Y ni siquiera se dan cuenta de que se habla de ellos. (*Se rien todos menos ellos.*)

Amparo.—¿Qué es eso? ¿De qué os reís?

Gloria.—Oye, Amparito; ¿qué dices tú de esto que hablamos.

Amparo.—A ver, a ver qué cuestión tan interesante tratáis. Ya he visto que estáis muy animadas.

Celia.—¿No veis? Ni se ha enterado. (*Se rien.*)

Merceditas.—Dice Pepito que viene pronto el Regimiento. ¿Qué te parece? ¿Deseas que venga pronto o no? Habla.

Amparo.—Que lo mismo me da que venga como que no venga, y que venga pronto como que no venga nunca.

Podos.—¡Ja, ja, ja!

Gloria.—¿Lo habeis visto? ¡Eso ya lo esperábamos!

Margarita.—¡Que sea enhorabuena, Amparo.

Glória.—¡Enhorabuena, chical

Merceditas.—¡Que seais muy felices!

Celia.—¡Enhorabuena, hermanita!

Pepito.—¡Bueno, pues enhorabuena, chicos!

Juanito.—Pero, ¿qué es eso? ¿qué broma nos habeis preparado?

Merceditas.—Ninguna; si no es nada.

Glória.—Seguid, seguid vuestra animada conversación.

Amparo.—No hagais caso, ni seais maliciosas.

Merceditas.—Si no maliciamos, Amparito. No hemos hecho más que ver y observar, y deducir luego una consecuencia.

Salustiano.—¡Buenas noches! Qué animada está hoy la tertulia. Celebro veros buenas, chicas. ¡Hola, Pepito! (A Merceditas.) ¿Ves, hija? Ya estoy de vuelta. ¿Y mamá?

Merceditas.—En el gabinete está con doña Antonia y D. Andrés.

Pepito.—¿Qué hay por el casino, D. Salustiano?

Salustiano.—Una buena noticia para las chicas.

Glória.—¿Sí? (Se acercan todas a él y preguntan con ansiedad.)

Merceditas.—¿Cuál, papá?

Salustiano.—¡Una bomba!

Merceditas.—(Interrumpiendo) ¿Qué?

Salustiano.—Que ha caído como una bomba la noticia.

Merceditas.—¿Pero cuál es?

Salustiano.—Que dentro de tres días viene el Regimiento.

Gloria.—Pero ¿es cierto?

Margarita.—¿De veras, D. Salustiano?

Merceditas.—¿No será como la vez pasada?

Celia.—¿Será posible?

Pepito.—¿Lo ven ustedes? ¡Si yo lo había oído!

Merceditas.—¿Pero tan pronto?

Gloria.—¿Pasado mañana?

Salustiano.—Bueno en lo de tan pronto no les aseguro...

Gloria.—(*Contrariada*) ¡Ah!

Margarita.—(*Id.*) ¡Oh!

Celia.—(*Id.*) ¡Qué desilusión!

Merceditas.—¡Ya decía yo que era muy pronto!

Salustiano.—No, no, que viene es cierto. ¡Vaya si viene!

Celia.—Pero ¿cómo lo sabe usted?

Gloria.—¿Quién se lo ha dicho?

Merceditas.—¿Qué origen tiene la noticia?

Margarita.—¿Usted lo ha oído?

Salustiano.—Decírmelo... no me lo ha dicho nadie. Y oírlo... tampoco.

Margarita.—¿Entonces?

Celia.—¡Ha querido darnos una broma!

Gloria.—¡Vaya un engaño!

Merceditas.—¡Por Dios, papá, no nos des esos sustos!

Salustiano.—¡Ah! ¿Pero os asustáis de que venga el regimiento? Pues si lo sé no lo digo. Y si os asustáis pediremos al Gobierno que no lo mande.

Merceditas.—¡No, eso no!

Celia.—¡D. Salustiano, por favor! ¡eso nunca!

Margarita.—¡Que venga, que venga!

Storia.—¡Y cuanto antes mejor!

Salustiano.—Pero ¿en qué quedamos? Si digo que viene, os asustáis. Si digo que no venga no queréis.

Merceditas.—Pero, papá, si el susto es que nos digas que viene y luego no sea verdad.

Margarita.—Eso; si lo que queremos es que venga.

Storia.—Sí, sí; que venga.

Celia.—Y saber si es cierto o no.

Salustiano.—¿Pues no os digo que es cierto?

Merceditas.—¿Pero quién te lo ha dicho?

Salustiano.—¿No te digo que no me lo ha dicho nadie?

Celia.—Pues entonces, será una broma de usted.

Salustiano.—Que no es broma, mujer, que viene.

Storia.—¿Pero cuándo?

Margarita.—Ahí está la dificultad. Puede venir dentro de veinte años y entonces ya para nada.

Salustiano.—¿Cómo? Lo mismo hará entonces que ahora.

Cefia.—Para nosotras no hará lo mismo.

Margarita.—Claro, cuando seamos viejas...

Merceditas.—Bueno, papá, no nos impacientes. Dí cómo lo has sabido.

Salustiano.—Eso es otra cosa. Pues mirad. Estos ojos que se han de comer la tierra (y ruego a Dios que sea tarde), han visto en la Plaza Mayor y en la pizarra del Diario, el siguiente telegrama que copié.

Gloria.—A ver, a ver. (*Le rodean todas.*)

Margarita.—Calla, que lo lea.

Cefia.—Escuchad.

Salustiano.—«Ministro Guerra ha dado orden para que el regimiento Hispania marche a su destino...» ¿Eh?

Gloria.—¡Bien, bien!

Margarita.—¡Ay qué gusto!

Salustiano.—¿Veis cómo no me lo ha dicho nadie?

Merceditas.—¡Ay! Es verdad.

Gloria.—Sí, que es cierto.

Cefia.—Claro, lo que se ve no se oye.

Margarita.—¡Así decía que no lo había oído y que nadie se lo había dicho!

Salustiano.—Bueno, sea enhorabuena, pollitas. Amparo, tú no quieres regimiento ¿verdad?

Amparo.—¿Yo? ¿Para qué?

Salustiano.—¡Ya, ya lo decía también el telegrama!

Podas.—¡Ja, ja, ja!

Pepito.—¡Qué famoso D. Salustiano!

Salustiano.—Voy a saludar a D.^a Antonia, que a D. Andrés ya lo ví cuando iba para el casino. (*Se va por la puerta derecha*).

Margarita.—¡Ha estado bueno tu papá, Merceditas!

Celia.—¡Siempre tiene tan buen humor!

Storia.—¡Y siempre tan bromista! ¿Sabes lo que dijo a papá cuando nos encontró? Que había estado todo el día bailando con su cuñada Tecla y que iba al casino a variar de pareja.

Merceditas.—Siempre está de bromas con mi tía. Como la vea así algo rara y muy seria, nos hace la fiesta con sus bromas.

Celia.—¡Gracias a Dios que van a venir los militares!

Margarita.—¡Mirad que han sido esperados! Hace ya un año que se acabó de construir el cuartel y todavía no lo ocupan.

Storia.—¡Cuándo los veremos pasar marchando al son de un pasodoble por esas calles!

Merceditas.—Ya pronto, mujer; ¿no ves lo que dice el telegrama? Mucho no podrán tardar.

Celia.—Dicen que la mayor parte de los oficiales son solteros.

Pepito.—(*Con ironía*). Y guapos, y valientes, y salados como el bacalao de Escocia.

Storia.—Para serlo más que los chicos de aquí... se necesita poco.

Pepito.—¡Gracias, muchas gracias!

Cefia.—Vuelve a hablar, hermano.

Storia.—Si ya quedamos en que excluimos a Pepe y no hablamos por él.

Pepito.—Pero, hombre, si están las chicas que no saben lo que dicen ni lo que piensan. Figuraos que hace dos meses estuvo aquí un Capitán del Regimiento muy guapo, joven, muy marcial y las chicas querían rifárselo, creyendo que era soltero, y hubo una que se atrevió a preguntarle «¿Tiene usted novia?» «No, señorita», contestó él. «¡Qué lástima!» dijo ella, «¿No ha encontrado usted quien le quiera?» y a esto (agarrarse que os vais a caer), dijo él: «Sí señorita, mi esposa. ¡Soy casado!» Y allí viérais la rechifla. Si la tierra se hubiera abierto y se hubiera tragado a aquella chica no le hace tanto daño. Casi le dió un síncope, pero se repuso por la fuerza de los nervios y desapareció.

Podas.—¡Ja, ja, ja, ja!

Storia.—¡Tiene gracia el chiste!

Cefia.—¡Pobrecilla! ¡Por dónde le salió el tiro!

Juanito.—¡Bien se le empleó!

Merceditas.—¿Pero te has dado cuenta, Juanito?

Juanito.—Sí, Merceditas, perfecta cuenta. Dios quiera que no suceda a otras lo mismo que a esa chica.

Merceditas.—No le sucederá a tu hermana, porque no es tan imprudente.

Juanito.—Quiera Dios que así sea.

Imparo.—¿Y quién fué esa chica, Pepe?

Pepito.—No está aquí. Dejad que guarde el secreto.

Imparo.—¡Hombre! ¡Bueno fuera que estuviera aquí y lo contaras! No juzgo yo a ninguna de nosotras tan imprudente.

Pepito.—Y aun no pára ahí la cosa; porque también estuvo aquí el cantinero del Regimiento y no faltó chica que dijo que había venido a buscar novia.

Margarita.—Calla, Pepito, no seas exagerado.

Pepito.—¿Exagerado? Me gustaría que hubierais escuchado como yo una conversación entre tres domésticas el otro día en el Jardín.

Gloria.—¿Pero es cierto?

Pepito.—Y tan cierto. Si es lo que yo digo; ese apetito que se ha desencadenado a todas las chicas ha sido un contagio. No saben hablar más que de soldados, de cabos, de sargentos y de oficiales; y no hablan de generales, porque aquí no vienen si no ya veríamos como encontrarían alguna solterita.

Margarita.—Pero, hombre, ¿de qué se va a hablar aquí sino de lo que más nos interesa. ¿Tu ves que yo no he hecho voto de ser monja?

Celia.—Ni yo, bien lo sabes.

Gloria.—Ni ninguna de las presentes, que yo sepa.

Pepito.—No, ya veo que no. Pero no hay que despreciar tanto lo que se tiene en casa,

creyendo que lo de fuera es mejor. ¿Cuántos oficiales podrá haber solteros? ¿Diez? Pues poned que, de los diez, ocho pueden estar ya comprometidos, y suponiendo que los otros dos se casaran aquí, rifadlos entre doscientas chicas casaderas. En fin, vosotras allá, seguid soñando para que sea mayor la desilusión.

Margarita.—Sí, pero mientras el sueño dura...

Merceditas.—Vida y dulzura.

Gloria.—En ese regimiento dicen que hay un capitán muy joven, guapísimo, rubio y con unos ojos azules...

Celia.—Y hay otro moreno de ojos negros...

Merceditas.—¿Cuál te gustaría a tí, Gloria?

Gloria.—A mí el rubio de ojos azules.

Celia.—A mí me gustaría que fuera soltero el abanderado y que me pidiera relaciones.

Margarita.—¡Jesús! ¡Qué castillos estamos formando! Para que luego nos pase lo que a esa chica.

Merceditas.—Dejemos ya esto, y para el día que venga el Regimiento os invito a verlo entrar desde nuestros balcones.

Gloria.—Aceptada por mi parte la invitación.

Margarita.—Y por la mía.

Celia.—Y por la mía también.

Merceditas.—¿Queréis que vayamos un rato a la sala a tocar el piano y a cantar?

Todas.—Vamos, sí, vamos.

Merceditas.—¿Quieres venir, Amparo?

Amparo.—No tengo ganas hoy de piano.

Juanito.—Déjanos ahora de música.

Merceditas.—Pues vamos nosotras. (*Se van por el foro.*)

Amparo.—¡Nos dejan solos! (*Se levanta.*)

Juanito.—Mejor. Así podremos hablar más libremente de nuestro amor. (*Id.*)

Amparo.—Pero si vienen los papás y nos encuentran solos...

Juanito.—No sucederá nada. Mi mamá ya sabe que te quiero con toda el alma; la tuya nos vió desde luego en conversación aparte, y nadie supondrá otra cosa más que queremos estar solos para hablar, para desahogar, para revelarnos lo que por tanto tiempo hemos llevado oculto en nuestro pecho. ¿No es así, Amparo?

Amparo.—Así es. Créeme que no he sentido ilusión por nada desde que advertí que me querías, nada más que por verte, por estar a tu lado, por oírte y ¿porqué no decírtelo? por que llegara este día, esto es, el día en que me manifestaras tu amor y tu cariño.

Juanito.—Pues ya llegó ese día, Amparito, y me tienes a tu lado y me ves y me oyes, y quiero oír de tus labios que no apartarás de mí tu cariño. ¿Será así? (*Se oye de lejos el piano.*)

Amparo.—Te lo prometo. Desde niña me fijé en tí y no podría ni sabría querer a nadie más.

Juanito.—¿No te ilusionarías tú con un uniforme?

Amparo.—¡Juan! ¡No dudes ya!

Juanito.—¡Amparo! ¡Dime otra vez que me quieres y que me has de querer siempre!

Amparo.—¡Siempre, siempre! No lo notas en mis ojos, en mi boca, en el rubor de mi cara, en mi respiración temblorosa y entrecortada, en mi separación de las amigas y en todo lo que no seas tú?

Juanito.—¡Bendita seas, Amparo! Tus palabras me hacen hoy feliz, y tu amor me hará dichoso por toda la vida.

Amparo.—También hoy es para mí el día de mi felicidad que durará mientras dure tu amor, Juan.

Juanito.—¡Siempre, por toda la vida! ¡Si vieras cuánto he deseado este momento!

Amparo.—¿Más que yo? En tí consistía el haberlo anticipado.

Juanito.—Sí, pero me parecía que tú no me ibas a corresponder; pensaba que tú tendrías, como las demás, otras ilusiones; ¿qué sé yo lo que pensaba?

Amparo.—¡Ay, Juan! Es que, permíteme que te diga, los hombres sois muy torpes para conocer cuándo una mujer os quiere; tardais mucho en comprenderlo.

Juanito.—Tienes razón, Amparo. Yo para mí creía que me querías, pero me quedaba una duda... por que también las mujeres sabeis fin-

gir amor cuando queréis burlar a un hombre para darle luego mayor desilusión.

Ámparo.—¡Juanito, por Dios! ¡No me juzgues así!

Juanito.—No, si no te juzgo a tí así, porque ya he visto lo contrario. ¡Te creo, Amparo! Si mis dudas y mis recelos hubieran sido más grandes que mi cariño no me hubiera atrevido a decirte nada. Pero ha podido más el amor y ha triunfado.

Ámparo.—El amor triunfa siempre; lo que no triunfa es la pasión, el egoísmo, el orgullo, el dinero, la conveniencia.

Juanito.—¡Amparo! Cada vez que te oigo se agranda mi cariño hacia tí y se agiganta mi felicidad.

Ámparo.—Vamos con las chicas al salón, que van a salir los papás.

Juanito.—¿Pero tienes miedo? ¿No quieres que nos vean? ¿Temes que enturbien nuestra dicha?

Ámparo.—No, pero vámonos. La prudencia siempre es buena.

Juanito.—Pues vámonos. *(Se van por el foro.)*

Sereno.—*(Dentro cantando)*. ¡Ave María Purísima! ¡Las diez en punto y sereno!

(Salen del gabinete D. Salustiano, D. Andrés, D.^a Antonia, D.^a Emilia y D.^a Tecla. Sigue sonando el piano.)

Salustiano.—¿Lo veis? Las chicas están celebrando la noticia. No; si yo no sé lo que tiene un uniforme militar para las mujeres que las fascina. Cuando yo fui soldado,—nunca te lo he dicho, Emilia,—todas las chicas iban detrás de mí; pero vine aquí, y como ya no tenía uniforme, no me miró nadie más que tú, y tu hermanita Tecla.

Podos.—¡Ja, ja, ja!

Tecla.—¡Anda allá, guasón!

Antonia.—¡Qué ocurrente!

Andrés.—¡Has estado bueno, chico!

Emilia.—¡Siempre lo mismo! ¡Qué poca formalidad tienes!

Salustiano.—Pero, mujer; si es verdad. Les di la noticia y se pusieron todas como locas; es decir, todas no, menos Amparo. Tan nerviosas se pusieron que algunas saltaban del asiento; y ahí las tienes bailando al son del piano. ¿No oís el piano? Pues como si lo viera que fueron a bailar de alegría.

Tecla.—¡Qué harías tú si fueras joven! ¡Ya no recuerdas que tú fuiste peor en tu juventud!

Salustiano.—Pero, cuñadita, si yo no las recrimino porque bailen. No hago más que exponer los hechos que yo había adivinado desde que observé gran silencio en el comedor.

Emilia.—¡Qué se va a hacer! Hay que dejarlas que gocen con sus ilusiones ahora que están en la edad de ello.

Antonia.— Es verdad. Tiempo tienen des-

pués de sufrir y de saborear las amarguras que ofrece la vida.

Peña.—Ya llegará tiempo de que sean formales a la fuerza. Cuando tengan la edad mia.

Andrés.—Doña Tecla, si usted es joven todavía, tiene usted salud, está usted muy conservada, está bien querida y vive feliz...

Salustiano.—Como que ahora va a echar un baile conmigo en el salón. Vamos, cuñadita.

Peña.—¡Quita allá, espantajo! ¡Bueno fueral

Emilia.—Déjala, Salustiano. Tú quieres que ella tenga el humor tuyo y eso no puede ser.

Sereno.—(*Dentro cantando*) ¡Ave María Purísima! ¡Las diez y cuarto y sereno!

Antonia.—¡Las diez y cuarto ya! Vamos, vamos a recoger las niñas y a marcharnos.

Emilia.—¡Mujer, tan pronto!

Antonia.—Ya va siendo hora, doña Emilia; al menos vamos para allá para irles dando prisa.

Andrés.—Sí; ya va siendo hora de marchar.

Salustiano.—Bueno, pues vamos un rato al salón con ellas. (*Se van D. Salustiano y D. Andrés*).

Emilia.—Vénga usted más a menudo por aquí, doña Antonia, para distraerse, que está usted muy encerrada en casa.

Antonia.—No tengo otro remedio, doña Emilia. Pero veré si puedo venir alguna noche. (*Se oye risas y alboroto que llegan del salón*).

Emilia.—¿Ha oído usted? ¡Alguna ocurrencia de Salustiano!

Peña.—Siempre está de bromas. La vida para él no tiene amarguras.

Emilia.—Vamos, vamos al salón.

Antonia.—Vamos. (*Marchan.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Habitación decorosamente amueblada en casa de D. Salustiano, con puerta al foro y lateral izquierdo. Al lateral derecho dos balcones. Son las once de la mañana de un día del mes de Abril.

Están en escena Mercedes, Celia, Gloria y Margarita sentadas junto a un velador. Al levantarse el telón se oye el silbato de una locomotora a lo lejos.

Margarita.—¡Ay! ¿No ois? ¡Ya están ahí! ¡Ya llegan! *(Se levanta y se asoma al balcón del primer término.*

Merceditas.—¡Quíta, mujer! Ahora, cuando más, irán llegando a la estación.

Gloria.—Vienen en tren especial ¿verdad?

Celia.—Para llegar a esta hora figúrate. ¿No ves que a esta hora no hay tren de viajeros?

Margarita.—¡Ay! ¡Yo quisiera estar ahora en la estación!

Gloria.—Margarita, no seas loca. ¡Pues habrá poca gente allí! Y te expondrías a confundirte entre el montón y no ver nada.

Margarita.—No, hermana, si no pienso ir allá.

Celia.—No, pues a mi también me gustaría verlos llegar. ¡Cómo vendrán los pobres soldados!

Merceditas.—Mejor los veremos pasar por aquí, porque ya vendrán formados marchando al son de la música.

Margarita.—¡Pero lo que tardarán ahora en subir de la estación! Porque mientras hacen las presentaciones y saludos y mientras se forman...

Celia.—¡Ay! Chicas, yo tengo una alegría que no me cabe en el pecho; y además tengo una inquietud, una zozobra, una intranquilidad... Voy a ver si vienen. (*Se asoma al balcón.*)

Merceditas.—¡Mujer si no es tiempo todavía!

Celia.—(*Al balcón*) No se vé ni se oye nada. La calle está casi sola, se conoce que han marchado todos a la estación.

Merceditas.—Claro, mujer, o que no tienen tanto entusiasmo como nosotras.

Celia.—Eso sí, si los balcones están algunos llenos de gente. En casa de Martínez están las de Pérez y las de Fernández, y en casa de Alonso las de Gutiérrez y las de López. (*Se viene del balcón.*)

Gloria.—¡A ver, a ver! Ahora voy a asomarme yo al balcón. (*Va al balcón y desde allí habla.*) ¡Ay! Es verdad. Allí están Paquita, Nieves, Anita, Julia, Lola y Mimí.

Merceditas.—¡A ver, a ver! ¡Ay! Sí; y Carmela, y Juanita en ese otro balcón de Rubio, y Concha y Ascensión y Angelita.

Margarita.—(*Se vuelve al balcón*) ¡Chicas, cuánto tardan!

Salustiano.—¿Qué hacéis, jóvenes? Se curiosean, ¿eh?

Merceditas.—Papá, ¿llegó ya el regimiento a la estación? (*Se vienen todas del balcón*).

Salustiano.—No, hija, si ahora no viene...

Margarita.—¡Cómo! ¿Que no viene?

Salustiano.—Que no viene tan pronto.

Margarita.—¡Ah! Creí que ya no venía.

Celia.—Pues si sonó ahora el silbato del tren.

Salustiano.—Ese era un mercancías que llegó ahora. El tren militar tiene anunciada su llegada a las once y treinta, y ahora son las once...

Merceditas.—Entonces contad con que hasta las doce no pasa por aquí.

Gloria.—Diga usted, D. Salustiano, ¿vendrán por aquí formados y tocando la música.

Salustiano.—Eso creo. ¿A tí te gusta la música?

Gloria.—¡Muchísimo!

Salustiano.—¿Y los músicos te gustan?

Gloria.—También; sobre todo el Músico Mayor.

Salustiano.—¡Hola, hola! ¡Esas tenemos! ¿Y a tí, Celia, ¿qué te gusta más del Regimiento.

Celia.—A mí los alféreces, y los tenientes.

Salustiano.—¿Todos?

Celia.—Todos no. Uno solo.

Salustiano.—¿Y a tí, Margarita?

Margarita.—A mí los soldados de cuota, porque son hombres de *pasta*.

Salustiano.—¡Hola, la niña! ¡Qué aprovechadita! A ver tú, Merceditas. ¿Qué te gusta más del Regimiento?

Merceditas.—¡Ay, papá, no sé! Pero creo que me gustará más el que primero me diga algo.

Salustiano.—¡Vaya, vaya con las pollitas! Bueno, pues con todos esos gustos, que luego no os digan nada y os quedais con vuestras ilusiones. ¡Cuánto humo hay en esas cabecitas! En fin, os dejo con vuestros sueños dorados, que no sabemos si al fin serán dorados o negros como noche oscura.

Merceditas.—¿Te vas, papá?

Salustiano.—Sí; marchó porque habré de bajar a la estación con D. Andrés a curiosear también a la llegada del Regimiento. Quedad con Dios.

Merceditas.—Adiós, papá; hasta luego.

Margarita.—Os lo aseguro; el primer *cuota* que me diga algo, ¡noviol!

Celia.—Pues yo voy a ver si conquisto un alférez.

Margarita.—Hijas, si los chicos de aquí son tan sosos... Mira que no les debemos una

atención, ni nos acompañan a casa, ni nos sacan a bailar más que los viejos.

Storia.—Como que hay un *pollo con espollones* con quien nadie quiere bailar.

Celia.—¡El pobre! ¡También es una desgracia!

Margarita.—¿Y ese tampoco habrá encontrado quien le quiera?

Storia.—Cuando ha llegado a los cuarenta sin conocerle nunca novia...

Merceditas.—La verdad que hay una partida de viejos...

Margarita.—Por eso yo me acojo a los de cuota, porque son jóvenes. Los capitanes y tenientes que haya solteros ya pasan de treinta años; así que no debéis de dar la razón de que no queréis a los *pollos* de aquí porque son viejos.

Celia.—¡Mira esta! Tampoco la razón de que te gusten a ti los *cuotas* es la de ser jóvenes, sino la de tener *pasta*, como dijiste antes.

Pepito.—¡Hola niñas! ¿Qué hay, Merceditas?

Merceditas.—Aquí de aguardo como los cazadores.

Pepito.—¿Has dicho al niño Amor que prepare el arco?

Merceditas.—¡Qué gracia! ¿No sabes que siempre lo tiene en la mano y con la flecha dispuesta para disparar?

Pepito.—Con que la tenga y no dispare... ¿No sabéis la noticia?

Celia.—¿Qué noticia?

Pepito.—Que ya no viene el regimiento...

Margarita.—¿Qué dices?

Storia.—¿Que no viene?

Merceditas.—¡Vamos, Pepito, qué ganas tienes de intranquilizarnos!

Pepito.—Que no viene hasta las cinco de la tarde, lo menos. No me dejais concluir...

Celia.—¿Porqué? ¿Qué sucede?

Margarita.—Dí, ¿qué hay?

Pepito.—¿Pero no habeis oído nada?

Margarita y Storia.—No, nada.

Pepito.—Que ha descarrilado el tren y han muerto siete oficiales y veinte soldados de cuota, ya ha salido un tren de socorro.

Margarita.—¿De verdad, Pepe?

Celia.—¡Dios mío! ¿Pero es cierto?

Merceditas.—No vale engañar, Pepito.

Storia.—¿Será posible?

Pepito.—Tan cierto como me llamo Pepe Macías.

Margarita.—¡Ay, pobrecitos! ¡Quién pudiera hacer con ellos el oficio de dama de la Cruz Roja!

Celia.—¡Qué desgracia! ¡Pues sí que van a tener una entrada en la ciudad!...

Storia.—¡Sí que entran con mal piél! ¡También es una casualidad que le haya ido a tocar a ese tren!

Merceditas.—¡Virgen del Carmen! ¿Será

verdad? No sé por qué se me figura que no es cierto.

Pepito.—Pues enteraos; preguntad a cualquiera y os convenceréis. Adiós, chicas; voy a ver lo que se dice por el casino. (*Se va*).

Merceditas.—¡Habría que ver que fuera verdad!

Celia.—Pero ¿nos habrá engañado Pepe? Es muy capaz.

Margarita.—Hijas, es que los chicos están con nosotras rabiosos. Como ven que no nos recatamos de decir que queremos militares...

Gloria.—Pues tienes razón que será una broma.

Safustiano.—(*Con abrigo, sombrero y baston como para salir a la calle*). ¡Niñas, niñas!

Merceditas.—¿Todavía no has marchado, papá?

Safustiano.—¿No lo ves que estoy aquí? Antes de salir voy a daros una noticia.

Margarita.—Ya la sabemos.

Safustiano.—¡Ah! ¿Ya la sabeis?

Celia.—Sí, ya lo sabemos. ¡Una desgracia!

Gloria.—¡Sí, señor, una desgracia!

Safustiano.—Sí; una desgracia como otra cualquiera; pues si la sabeis, ya no os la digo.

Merceditas.—¿Qué es, papá?

Safustiano.—¿No decís que ya la sabeis? ¿Para qué queréis saber una noticia dos veces?

Merceditas.—Por si acaso no es la misma.

Gloria.—¿Se refiere al tren?

Celia.—¿Es de los militares?

Salustiano.—Ni a una cosa ni a otra.

Margarita.—¡Ah! ¡Entonces es otra cosa!

Celia.—A ver qué es, D. Salustiano.

Merceditas.—Dí, papá, lo que sea.

Salustiano.—¿De modo que ya quereis saberla?

Celia.—¡Claro! No es lo que nosotras creíamos!...

Margarita.—Sí, señor, dígala.

Salustiano.—Pues va; que Pepito es más embustero que yo.

Merceditas.—¡Ah! ¡Creíamos que era otra cosa!

Celia.—Hija, nos están dando más sustos..

Salustiano.—¿Os parece poca cosa?

Margarita.—¿Y porqué dice usted que Pepito es tan embustero?

Salustiano.—Pues porque os ha metido ahora un embuste de *padre y muy señor mio*.

Margarita.—¿Pero no es verdad lo que ha dicho?

Celia.—¿No es cierto lo del tren?

Gloria.—¿No os dije yo que sería broma?

Salustiano.—Pues, claro. Si no ha habido tal descarrilamiento, ni muertos, ni heridos ni nada.

Celia.—¡Vamos! ¿Veis qué poca formalidad?

Merceditas.—¡Gracias, papá! Nos has tranquilizado.

Salustiano.—Como que a eso vine yo. Me

dijo Pepito al salir lo que os había dicho, y no quise dejaros en esa angustia.

Celia.— ¡Gracias, don Salustiano! Mi hermano es así.

Storia.— Está desesperado.

Margarita.— Goza con hablarnos así y asustarnos.

Salustiano.— Bueno, niñas, adiós.

Celia.— Adiós, D. Salustiano. (*Se va.*)

Storia.— Usted siga bien.

Margarita.— ¡Chicas qué intranquilidad! ¡Y qué zozobra!

Merceditas.— Os digo que estos chicos de aquí están insoportables. Antes, apenas decían nada a ninguna señorita; y en estos últimos días, antes de que llegaran los militares todos han querido buscar novia. ¡Ha habido más declaraciones y más calabazas!... Así que están furiosos. No saben lo que hacer por disgustarnos, por hacernos rabiar con esto de los militares.

Celia.— De dos o tres chicas sé yo que han colgado cada una un par de calabazas a otros tantos pollos.

Margarita.— ¿Sabes, Celia, por qué está así tu hermanito? Porque me ha pedido relaciones y no lo acepté.

Celia.— Mujer, Margarita, ¿porqué no lo aceptas? ¡Si mi pobrecito hermano es muy bueno! ¿No te gusta?

Margarita.— Sí me gusta, pero ¿y los de

cuota? Antes que yo hubiera querido, no me dijo nunca nada, y ahora que van a venir los militares se han dado prisa ¿eh?, pues que es pere.

Celia.—Entonces lo dejas para una necesidad, vamos, para suplir a algún *cuota*.

Gloria.—Si las cosas vienen mal y hay desilusiones, buenos se van a poner luego los pellos de aquí. No los vamos a alcanzar ni con escaleras.

Merceditas.—Las once y treinta y cinco minutos ya. Ya pasó la hora de la llegada.

(*Se oye el silbato de la locomotora*).

Margarita.—¿No oís? ¡Ahora sí que llegan!

Celia.—¡Ahora! ¡Ellos son!

Gloria.—¡Gracias a Dios que los vamos a ver!

Merceditas.—Yo voy al jardín a cortar unas flores para cuando pasen. ¿Quereis venir?

Podas.—Sí, sí, vamos.

Celia.—¡Ha sido buen acuerdol (*Se van*)!

Merceditas.—Pues bajad, que ya voy yo para allá. (*Se acerca al foro y llama a Sofía*).
¡Sofía! ¡Sofía!

Sofía.—(*Dentro*.) Mande usted, señorita.
(*Sale*.)

Merceditas.—Aunque nosotras subiremos pronto, ponte aquí en uno de los balcones y cuando oigas la música, nos avisas, que estamos en el Jardín. ¿Has oído?

Sofía.—Si, señorita, descuide usted.

Merceditas.—Bueno, pues en tí confío.

(*Se va.*)

Sofía.—¡Ay qué gana tengo que lleguen los soldados! ¡Como que ahí viene mi novio! Yo no sé quien será, ni cómo será; pero sé que ahí viene, porque en cuanto alguno me diga algo... ¡pum! ¡liebre muerta! ¡Voy a ver! (*Se asoma al balcón.*) No se oye nada todavía... ¿Y cómo se llamará mi novio? ¿Y de donde será? ¿Será andaluz? que me diga: «¡Mardito zea er quezo! ¡Zerrana, me muero zi uzté no me quiere!» ¡Pues sí que me gustaría andaluz! ¿O será gallego que me diga: «¡Miña roliñal! ¡Eu muito, muito tí queiro! ¡Vinte a miña terriña!» ¡Oh y qué dulce es eso! ¡También me gustaría gallego! ¡En fin, como quiera que sea!

Pepito.—¡Sofía!

Sofía.—¿Quién? ¡Ah, don Pepito!

Pepito.—¿Y las señoritas?

Sofía.—Han salido, es decir, salir no han salido de casa, han bajado al jardín.

Pepito.—¿Quieres decirme una cosa?

Sofía.—Usted dirá.

Pepito.—¿Tienes novio?

Sofía.—Sí, señor; viene ahora en el regimiento.

Pepito.—Yo creí que no lo tenías, porque no te conocía ningún novio.

Sofía.—Conocerlo no lo conozco yo tampoco todavía.

Pepito.—¡Ah, vamos, sois novios por carta nada más!

Sofía.—No, si a mí no me ha escrito.

Pepito.—Entonces ¿qué novio es ese?

Sofía.—Yo no sé; un novio como otro cualquiera, sólo que con pantalones encarnados.

Pepito.—No te entiendo, Sofía. Dices que no lo conoces siendo novio tuyo? No lo entiendo.

Sofía.—Yo sí lo entiendo. El primer soldado que me diga algo, ese es mi novio.

Pepito.—¡Atiza, chica! Eso se llama escoger novio ¿verdad?

Sofía.—Como las mujeres no podemos escoger como los hombres, que van a la que les gusta...

Pepito.—Dime, Sofía ¿Y no te gustaría yo más que un soldado?

Sofía.—¡No me haga usted reír, don Pepito! ¿Usted iba a ser pa mi? ¡Ja, ja, ja, ja!

Pepito.—¡No, no te rías, Sofía!

Sofía.—Pues llorar no puedo ahora que va a venir mi novio.

Pepito.—No, si no quiero que llores, sino que lo tomes en serio. ¿No te gusto yo más que un soldado a quien no conoces todavía?

Sofía.—No, señor. ¡Si yo casi lo conozco ya! Me he soñado con él siete noches seguidas.

Pepito.—Pero, ¡Sofía!

Sofía.—No, no, no se ponga usted tierno, que usted no es pa mi ni yo soy pa usted.

Pepito.—Pero, ¿porqué no? Vamos a ver.

Sofía.—Porque yo no soy de su clase ni de la categoría de la que puede ser su novia.

Pepito.—Si las que son de esa categoría no me quieren.

Sofía.—¿Que no? ¿Y entonces le voy yo a querer? ¡Quite, quite! ¡Algo tendrá el agua cuando la bendicen!

Pepito.—¡Atiza! ¡Eso es finura, chica!

Sofía.—¡Que no, que no, que me gustan más los soldados!

Pepito.—¡Nada, que no me caso! Nos han declarado el *boycot* todas las chicas. Pero ¿qué pasa aquí? ¡Hombre! ¡Hasta las domésticas rechazan a uno! Esto es como para tirarse al tren! ¡Bueno, pues que venga gordo y bueno el novio, Sofía! (*Se va*).

Sofía.— ¡Gracias! ¡Anda allá, mariposón! ¡Está bueno que le iba yo a hacer caso ahora que está al llegar lo que yo he soñado! ¡Ni que lo piense! Ese castillo no me lo cae a mí nadie. ¡Lo bonito sería que luego no me dijera nada, ningún soldado! Pero no puede ser eso, porque los soldados le dicen siempre algo aunque sea a un maniquí de los escaparates.

(*Entran Juanito y Amparo*).

Juanito.—Sofía, ¿qué haces aquí?

Sofía.—Me mandó la señorita que las avisara cuando sintiera que venía la música.

Juanito.—Pues yo las avisaré. Vete por ahí.

Sofía.—En el jardín están. (*Aparte*) Yo los veré desde la puerta. (*Se va*).

Juanito.—(*A Amparo*). ¡Gracias a Dios que vencí tu resistencia a venir a esta casa! (*Le pone silla y se sientan los dos*.)

Amparo.—Ya estoy aquí, pero es porque hemos venido con mamá; si no, no vengo. Lo bueno siempre está bueno. ¿Qué diría la gente si yo viniera aquí sola contigo y tanto como antes?

Juanito.—Pero ¿qué va a decir, mujer? ¿No es tu mamá amiga de la mía?

Amparo.—Mucho.

Juanito.—¿No eras tú amiga de mi hermana Mercedes?

Amparo.—Sí.

Juanito.—¿No lo es también tu hermana Celia?

Amparo.—También.

Juanito.—¿No frecuentabais por todos esos motivos siempre esta casa?

Amparo.—Mucho.

Juanito.—Pues entonces ¿porqué no has de seguir viniendo?

Amparo.—Comprende que no está bien, Juanito.

Juanito.—De modo que porque nosotros estemos en relaciones, ¿han de romper las suyas tu mamá y la mía y Merceditas y Celia?

Amparo.—No, hombre, eso no.

Juanito.—Pues entonces...?

Amparo.—¿No ves que si me vieran venir aquí dirían que la novia venía a buscar al novio?

Juanito.—A nadie le extrañaría sabiendo la amistad de nuestras familias de siempre. Además, si tú vinieras sola, si yo fuera *un calavera*. si tú fueras una coqueta, tal vez la gente criticaría, pero no tenemos ninguno de los dos esa mala fama.

Amparo.—Bueno, pues ya estoy aquí.

Juanito.—Sí, pero no querías venir ni con tu mamá.

Amparo.—Bueno, pues ya vine con ella y contigo. ¿Qué más quieres?

Juanito.—¡Quererte siempre y que me quieras, feal ¿Te parece poco? (*Se levanta*).

Amparo.—Bastante es. Eso quiero yo. (*Id.*)
(*Entran D.^a Emilia y D.^a Antonia*).

Emilia.—Y las chicas ¿dónde están?

Juanito.—Han bajado al jardín.

Antonia.—Ya no debe de tardar mucho en pasar el regimiento.

Amparo.—Eso creo. Pero es que hay un pa-seito desde la estación aquí.

(*Entran Merceditas, Celia, Gloria y Margarita con un ramo de flores cada una*).

Merceditas.—¡Hola, doña Antonia! Ya sabía que estaba usted aquí. Amparito, creí que no venías.

Celia.—Traemos las flores más bonitas del jardín.

Antonia.—¿Para qué es eso, Celia?

Merceditas.—Para arrojarlas al paso de los militares.

Emilia.—¡Hijas, ni que fuera la procesión del Corpus!

Merceditas.—Mamá, hay que recibirlos bien por patriotismo y por deber de cortesía.

Celia.—¡Claro, doña Emilia! Que vean que se les recibe bien en la ciudad.

Margarita.—Y además de eso... porque... porque sí.

Antonia.—Me estais pareciendo algo loquillas.

Celia.—Mamá, si esto no tiene nada de particular.

Margarita.—¡Jesús, lo que tardan! *(Se oye la música de un regimiento)* ¡Ay, ya se oye la música! Pero vienen lejos. *(Se va al balcón)*.

Celia.— ¡A ver, a ver! *(Id.)*

Storia.—Sí; ya vienen. ¡Ay qué gusto! *(Id.)*

Merceditas.—Mamá, que ya vienen. Amparito, ven. Asómense, que ya vienen.

(D.^a Emilia, D.^a Antonia, Amparito y Juanito se colocan en el segundo balcón, y las jóvenes en el primero. Cada vez se va oyendo más cerca la música, pero no tanto que impida oír a los personajes que hablan.)

Merceditas.— ¡Míralos, míralos! *(A Celia)* Ese primero que viene delante es el cabo de gastadores.

Celia.—¡Ay qué bien marcha! Mira cómo se vuelve y anda de espaldas.

Merceditas.—Y sin perder el compás de la música.

Gloria.—Como que ese debe de bailar muy bien.

Margarita.—¿Será de cuota? ¡Mira que es simpático, buen mozo, guapo; ¡y qué barba tiene! ¡qué poblada y qué negra!

Merceditas.—Los ocho que vienen detrás componen la escuadra de gastadores que están al mando del cabo.

Celia.—¡Qué altos y qué buenos mozos?

Gloria.—¡Mirad los músicos!, ¡Ay qué feo y qué viejo es aquél!

Margarita.—¡Mira, mujer, el del bombo! ¡Qué gracia me hace!

Merceditas.—¡La bandera! ¡Mira qué guapo es el que la lleva!

Celia.—¡Ese es el miol! ¡Allá val (*Le tira el ramo.*) ¡Ay, ha caído al pie de un soldado! ¡Esa sí que fué buena! Va a creerse el majadero que es por él.

Gloria.—¿Y ese que viene ahí solo quién es?

Merceditas.—El Coronel del regimiento.

Antonia.—¡Mire usted que es bonito verlos marchar!

Emilia.—Mucho, mucho. Yo cuando voy a Coruña los veo siempre. Esto es siempre una cosa nueva. En cambio mi hermana Tecla no da un paso por verlos. Sin embargo, yo creo

que los estará viendo desde el salón del piano
¡Es muy rara!

(Durante toda esta escena Juanito y Amparo asomados al balcón hablan en voz baja.)

Margarita.—Detrás del coronel viene otro de edad. ¿Quién será?

Celia.—Ese será un Teniente Coronel.

Margarita.—¿Tú los conoces por las estrellas que llevan?

Celia.—Yo no; pero ya los conoceremos.

Merceditas.—Mira, mira, Celia, han dicho:
¡¡Vista a la izquierda!!

Celia.—¡Oye! ¿Será por nosotras?

Margarita.—¿Será para que nos miren?

Merceditas.—¡No seais tontinas, niñas! Eso es porque está el General aquí por cima viéndoles pasar.

Gloria.—¡Valiente chasco! ¡Ja, ja, ja!

Celia.—Gloria, no te rías así. Van a creer que nos reimos de ellos. *(Se oye mas lejos la música).*

Gloria.—¡Anda, simple! ¡Van a creer eso!

Merceditas.—*(Tira su ramo).* ¡Ah! ¡Chica, qué suertel! ¡Le ha caído en el pecho!

Margarita.—¡A quién! ¡A quién!

Merceditas.—A un capitán muy joven y muy guapo.

Gloria.—Hija, tú los conoces. Yo no entiendo de estrellas.

Celiá.—Pero entiendes de rubios con ojos azules.

Margarita.—Yo no entiendo más que de los de cuota, que serán de porte distinguido más que los otros.

Merceditas.—¡Ay! No sé lo que me pasó cuando le tiré el ramo y me miró.

Margarita.—¡Ay! ¡Los míos, los míos! (*Le tira el ramo*) ¡Mira que mala suerte! ¡Le ha caído a un rapaz en la cabeza!

Merceditas.— (*Viene a sentarse junto al velador*) ¡Ya pasó! ¿Habrá pasado el Amor? ¡Cómo me sonrió saludándome, como diciéndome: hasta luego! (*Recuesta su cabeza sobre la mano como si quisiera soñar despierta*).

Celia.—¡Ya pasaron! ¡Se acabó! ¡Oh, qué tonta, Gloria, te has quedado con el ramo en la mano!

Gloria.— ¡Aaay! ¡Es verdad! (*Se sientan Gloria, Celia y Margarita*).

(*Se separan todas del balaón, lo mismo que D.^a Emilia y D.^a Antonia, quedando solos en el sa-
yo Juanito y Amparo.*)

Emilia.—¡Qué hermoso y qué bonito es el desfile! ¿Usted no ha visto nunca marchar así un regimiento?

Antonía.—Yo nunca.

Emilia.—Pues ya verá usted como le gusta verlo siempre que tenga ocasión.

Antonía.—Pues si lo veré, si.

Emilia.—Pero, hija mía, ¿qué tienes? ¿Te pasa algo? ¿Te sientes enferma?

Antonía.—¿Qué te sucede, Merceditas?

Merceditas.—No, mamá, no tengo nada.

Emilia.—¿Estás disgustada? ¡Ay qué chical! ¡Tan contenta como ha estado!

Merceditas.—No te preocupes, mamá, que no me sucede nada. Un poco de jaqueca que me amenaza.

Celia.—¡Bah, es poca cosa, doña Emilia! Seguramente que pasa pronto.

Gloria.—Merceditas, ánimo, mujer.

Antonia.—Celia, Amparito, vamos pronto que ya va a ser hora.

Emilia.—Vamos nosotras para el gabinete. No tengais prisa hasta que venga Salustiano. *(Se van las dos).*

Juanito.—Y nosotros vamos un ratito al jardín.

Amparo.—Vamos. ¡Hasta luego, niñas! *(Se van.)*

Podas.—¡Hasta luego!

Celia.—Pero... Merceditas, mujer, ¿qué te pasa?

Merceditas.—Ya nada, ya pasó.

Margarita.—Pero, ¿qué fué?

Merceditas.—Nada, una especie de vahido que me dió, que parecía que me caía y tuve que sentarme.

Gloria.—Alégrate, que hoy no es día de estar triste. Eso no es nada.

Merceditas.—Ya pasó, ya no es nada.

Margarita.—¡Cuidado que es bonito un regimiento, marchando con bandera y música!

Glória.—Sí que lo es. Yo he de procurar verlos siempre que pueda.

Merceditas.—Yo los he visto muchas veces en Coruña.

Pepito.—Bueno, niñas. ¡Ya tenéis ahí a los militares! ¡Tanto con el regimiento, el regimiento! ¡Ya los tenéis ahí! ¡Ahora veremos cuántas son las que pescan militares!

Celia.—Mira, Pepe, no vengas a dar coba ni te pongas pesado.

Pepito.—¡No, si es que hemos de ver los resultados ahora que están aquí!

Margarita.—Pues los veremos...

Pepito.—¡Y tanto que los veremos! ¡Vaya si los veremos! ¡Entre tantos capitanes, tenientes y alféreces no vienen diez solteros! Ahora lo que os queda será jugar a la lotería con ellos por premios, y resultará que, aunque se casen aquí cinco, son cinco premios a cinco chicas nada más; ¡Para que se pongan todas las jóvenes tantos moños!

Glória.—Pues figúrate que un premio de esos es para Margarita.

Pepito.—Yo me alegraría. ¡Que le aproveche!

Margarita.—¡Gracias! ¡Con ese fin se hace todo!

Pepito.—En fin, niñas, adiós. Me voy al tren.

Celia.—¿A qué?

Pepito.—A tirarme de cabeza.

Celia.—¡Jesús! ¡Pepe! Ven acá. ¿Estás loco?
(*Se levanta y lo sujeta.*)

Pepito.—¡No, si no me tiro! ¡Ca! ¡Lo que sobran son mujeres! ¡Ya habrá alguna por ahí! ¡Y si no en el mundo hay muchas! ¡Y si no me quedo soltero y estaré mejor! ¡Adiós! [(*Se va.*)

Gloria.—¡Pobre Pepe! ¡Cómo va!

Celia.—No, todo es broma; pero al pronto me asustó.

Salustiano.—¡Chicas! ¡Cómo va Pepito! ¿Qué le habeis hecho?

Celia.—Nada.

Merceditas.—Son cosas tuyas, papá.

Salustiano.—¡Pero, hombre, si parece que lleva detrás dos policías persiguiéndole!

Celia.—No le haga usted caso. Le pasa pronto.

Salustiano.—Ya tenéis ahí el regimiento, niñas.

Merceditas.—¿Otro? ¿Tú también, papá?

Salustiano.—¿Cómo otro?

Merceditas.—Porque ese fué el cantar de Pepito.

Salustiano.—¡Vamos si ese cantar os gusta a vosotras! Precisamente iba a deciros que os traigo un novio militar a cada una.

Celia.—¡Mira qué bromista viene D. Salustiano!

Salustiano.—¡He adquirido compromiso en nombre vuestro con tres oficiales y un soldado de cuota! ¡Y me han dado palabra!

Merceditas.—Papá, ¿tú también te burlas?

Salustiano.—¡Ay, niñas, me parece que os veo alicaidas! ¿Qué es eso? ¿Ha habido alguna contrariedad?

Margarita.—No, señor; hable usted lo que quiera.

Salustiano.—Precisamente para tí he comprometido a un soldado de cuota...

Margarita.—¡Ja, ja, ja! No me haga usted reír, D. Salustiano.

Celia.—¿Y para mí?

Salustiano.—Para tí comprometí al abandonado.

Gloria.—¿Y para mí, D. Salustiano?

Salustiano.—Para tí un alférez recién salido de la Academia, rubio, con ojos azules...

Podas.—¡Ja, ja, ja!

Celia.—¡Qué oportuno!

Salustiano.—Hasta ahora os voy dando gusto. Todo va según vuestros deseos.

Gloria.—¿Y para Merceditas? ¿Qué novio le trae?

Salustiano.—¡Ah! Ahí soy yo parte interesada y he escogido lo mejor para mi hijita. ¡Un capitán, nada menos! Tú no te conformas con menos, ¿verdad, Merceditas?

Merceditas.—¡Que nos lo hagan bueno a todas!

Salustiano.—¡Pues que sea enhorabuena y que seáis todas muy felices!

Podas.—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Salustiano.—Voy a dar un recadito a doña Emilia.

Antonia.—Vamos, niñas, que ya va siendo hora de comer. (*Se levantan todas*).

Salustiano.—¿Cómo es eso? Hoy se quedan ustedes todos a comer aquí.

Antonia.— Muchas gracias, D. Salustiano; pero no puede ser.

Salustiano.—Si precisamente iba a dar orden de que pusieran ya la mesa.

Antonia.—No, no, de ninguna manera.

Salustiano.— No hay más remedio. Hoy vamos a celebrar anticipadamente cinco o seis bodas. Ya se lo dije a Pepito que no se marchara. Gloria, tu papá está en el comedor y come aquí con vosotras. ¡Al comedor todos! ¡¡De frente!!! ¡¡March!!! ¡Caramba! ¡Me he contagiado con los militares!

(*Se van todos por el lateral izquierdo y cae el telón.*)



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del anterior.

Está en escena Sofía haciendo la limpieza de la habitación.

Sofía.—Voy a acabar pronto, porque va a venir mi Cristóbal que me dijo que vendría esta mañana a las diez. ¡Lo que son las cosas! Hace cuatro días, cuando vino el Regimiento, decía yo que allí venía mi novio y ¡allí vino mi novio! Nada, que el domingo me vió en el Jardín, se acercó, yo le hice cara, y nos entendimos. ¡Ole, viva mi novio! ¡Jesús, que locura me ha entrado!

Merceditas.—Sofía, ¿acabas pronto?

Sofía.—Sí, señorita, ya estoy acabando. ¿No sabe usted una cosa, señorita Mercedes?

Merceditas.—Si tú no me la dices quizá no la sepa.

Sofía.—Que tengo novio.

Merceditas.—Sea enhorabuena, mujer. ¿Y quién es tu novio?

Sofía.—Un soldado que es asistente de un capitán muy joven y muy guapo.

Merceditas.—¿Quién es tan joven y tan guapo, el capitán o el asistente?

Sofía.—Los dos, porque mi novio es también joven y guapo.

Merceditas.—¿Y cómo se llama?

Sofía.—Su capitán se llama Alfredo.

Merceditas.—No, mujer, tu novio.

Sofía.—Mi novio se llama Cristóbal. Es andaluz, muy gracioso.

Merceditas.—¿Quién? ¿Tu novio?

Sofía.—Los dos: él y el capitán. El capitán lo escogió para asistente suyo porque era de su tierra. ¿Y sabe usted otra cosa?

Merceditas.—¿Cuál?

Sofía.—Que usted también va a tener novio.

Merceditas.—¿Yo? ¡Jesús! ¿Qué sabes tu de eso?

Sofía.—Si usted quiere lo tendrá. Me lo ha dicho mi Cristóbal.

Merceditas.—¿Y qué sabe tu Cristóbal?

Sofía.—Lo sabe, porque el domingo que fué el primer día que me habló a mi en el Jardín, me dijo que le había dicho su capitán: «Cristóbal a mi no te vuelvas a presentar si no me traes averiguao quién es la señorita esa tan guapa que me tiró el ramo de flores el día que entramos en esta población.» Y yo entonces le

dije: ¡Ay, esa fué mi señorita! ¿Y cómo se llama tu señorita?, me dijo él; y yo le dije que se llamaba Mercedes Castillo Parraverde.

Merceditas.—¡Sofía! ¿Y tú qué sabes?

Sofía.—Porque la vi yo a usted tirar el ramo y darle en el pecho al capitán, que se lo agradeció a usted con una reverencia y una sonrisa.

Merceditas.—También otras tiraron ramos.

Sofía.—Fuera de esta casa, en esta calle, no, que lo ví yo; y las otras amigas de usted que tiraron ramos no dieron con él a nadie.

Merceditas.—Tienes razón, mujer, así fué. Pero eso no quiere decir que vaya a tener novio.

Sofía.—Como usted quiera, sí. ¿Porqué trata el capitán de averiguar con tanto interés quién es la señorita que le tiró el ramo? ¡A ver por qué va a ser!

Merceditas.—Será por darle las gracias.

Sofía.—Bueno; el hombre siempre empieza por algo, luego lo demás está en la mujer.

Merceditas.—Han llamado a la puerta. Ve a ver quién es.

Sofía.—Voy enseguida. (*Aparte*) (¿Será mi Cristóbal?)

Merceditas.—¿Será cierto? ¿No me engañará Sofía? ¡Ay, qué sobresalto! ¡Qué intranquilidad tenía cuando me lo estaba contando! ¡Si fuera verdad, San Antonio bendito! ¡Una novena solemne te mando hacer y te regalo nueve libras de cera! ¿Se habrá fijado en mí?

¿No será ilusión? (*Se sienta junto al velador*).

Sofía.—Señorita; era el cartero que ha traído esta carta para usted. Es del interior.

Merceditas.—¿Del interior? ¿Y para mí? Toma. (*Le da los cinco céntimos*). Y ve a terminar el arreglo de las demás habitaciones.

Sofía.—Ahora mismo. (*Se va*).

Merceditas.—(*Abriendo la carta*). No sé porqué tiemblo. ¿Será del capitán? ¡Ay, sí! ¡A ver, a ver qué me dice! (*Leyendo*) «Señorita Mercedes Castillo y Parraverde. Distinguida señorita: El hermoso ramo de flores, con que tuvo usted la amabilidad de obsequiarme, a nuestra entrada en esta noble, leal y benemérita ciudad, fué una flecha que lanzó Cupido a mi corazón. Miré a usted y quedé prendado de su belleza de tal modo que desde ese día no se ha borrado su imagen en mi imaginación. No pienso más que en usted, ni veo otra cosa más que su rostro bello, sonriente y expresivo con la franca alegría retratada en su semblante como en el momento en que me arrojó las flores. La disciplina militar me impidió recoger del suelo su presente, que con mucho gusto hubiera conservado como grato recuerdo de tan bella donante.

Espero que se me presentará ocasión de recibir de sus manos algún otro ramito de flores que me recuerde aquel de nuestra entrada en esta población, y que conservaré como si fuera el mismo.

¿Será usted ahora tan amable que me diga dónde podré verla y hablarle para testimoniarle mi gratitud?

Entretanto doy a usted las más expresivas gracias por su amabilidad para conmigo, al mismo tiempo que me es muy grato ofrecerme de usted rendido admirador que sus pies besa.

Alfredo Fernández de Córdoba

Capitán de Infantería

¡Ay, qué alegría siento en mi alma! ¡Jesús! ¿Y qué hago yo ahora? ¿Cómo le digo yo que venga? ¡No, eso no! ¿Dónde le digo que me podrá ver? Pero ¿debo contestarle? ¡Sería una descortesía si no lo hiciera! Aun cuando no tuviera yo el deseo de novio que tengo debería contestarla, mucho más teniendo ese deseo y habiéndome sido tan simpático este capitán, por lo guapo, por lo arrogante y por lo cortés, por que esta carta indica que es cortés y que tiene nobleza de sentimientos.

(Sale Juanito por la izquierda en traje de casa y como disponiéndose a salir).

Juanito.—Merceditas, ¿has cogido tú mi abrigo? No está en mi habitación.

Merceditas.—Te lo estuve cepillando antes; en el perchero del antecomedor está colgado.

Juanito.—¿Están allí también los guantes?

Merceditas.—Sí, allí están en uno de los bolsillos del abrigo.

Juanito.—¿Quién te escribe? Parece que tienes una carta en la mano.

Merceditas.—¿Quién te parece a tí que me escribe?

Juanito.—¡Qué sé yo! ¿Los primos de Coaña?

Merceditas.—No, no aciertas. Mira. (*Le da la carta.*)

Juanito.—¡¡Hombre!! Me alegro, chica. ¡Sea enhorabuena!

Merceditas.—Ahora, no. Ahora no hay nada.

Juanito.—Pero lo habré, lo habré. No te quepa la menor duda. ¡Digo! ¡Y con lo que te gustan a ti los militares!

Merceditas.—Díselo a Amparito de mi parte... Y si no no se lo digas ahora, porque como no hay nada todavía...

Juanito.—Bueno, pues no se lo diré ahora.

Merceditas.—¿Y qué te parece a tí que debo yo hacer? ¿Debo contestarle?

Juanito.—Yo creo que sí.

Merceditas.—¿Pero y qué le digo?

Juanito.—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Qué sé yo?

Merceditas.—¿Y no se te ocurre más que eso?

Juanito.—¿Qué más quieres que se me ocurra? Voy ahora a ver a Amparo y no pienso más que en ella. (*Se va.*)

Merceditas.—Pues yo voy a enseñarle esta carta a papá y que él me aconseje. (*Se va por la izquierda.*)

Sofía.—¡Señorita, señorita! No está. Entonces voy a ver otra vez a mi Cristóbal. (*Se asoma al balcón y tose como para que mire el novio y lo despide con la mano.*) ¡Adiós! Ya se fué, ya volvió la esquina.

Merceditas.—Sofía.

Sofía.—Señorita; la andaba yo buscando.

Merceditas.—¿Sabes dónde está mi papá?

Sofía.—Salió ya para la oficina.

Merceditas.—¿Y mi mamá?

Sofía.—Marchó con su tia Tecla al funeral de D. José Guillén y no ha vuelto todavía. Sólo estamos en casa usted y yo.

Merceditas.—Pues, mira, yo me voy al jardín a cuidar las flores mientras viene mi mamá.

Sofía.—Su mamá y su tia no volverán hasta las once, porque el funeral es a las diez y no son todavía...

Merceditas.—Bueno, pues ya sabes donde estaré por si viene alguien.

Sofía.—¿Espera usted visita?

Merceditas.—No hija, ninguna. (*Se va por la izquierda.*)

Sofía.—¡Qué lástima que volviera ahora mi Cristóbal! Pero ahora quien vendrá será el capitán, porque ha ido a darle el recado al casino de que estamos las dos solas. No le he querido decir nada a la señorita, porque si se lo digo me regaña. (*Llaman a la puerta.*) ¡Ay! ¡Han llamado! Voy a ver. (*Sale por el foro y vuelve*

enseguida) ¡Sube, sube! (*Entrando*) ¡El és, mi Cristóbal!

Cristóbal.—¿Se pué entrá aonde está la mosa más barbiana de este pueblo?

Sofía.—Se puede entrar. Haz la prueba.

Cristóbal.—¡Bendita seas, so..fea de mi arma!

Sofía.—Oye; si no me llamo Sofea, sino Sofía.

Cristóbal.—Pero si é que tú no te debías yamá ni Sofea, ni Sofía, sino Sobonita, porque eres tú más bonita que un lusero.

Sofía.—¡Ay qué gracia!

Cristóbal.—La grasia e la tuya que la vas erramando a montones por esas cayes y ví a tené que í yo siempre detrás arrecogiéndola.

Sofía.—¡Jesús! Detrás ¿para qué?

Cristóbal.—Pa que no se la yeve otro, pa yevármela yo solo.

Sofía.—¿Qué te ha dicho tu capitán?

Cristóbal.—Que te quiera mucho y que me des un abraso.

Sofía.—Lo primero sí, lo segundo no.

Cristóbal.—¿Porqué?

Sofía.—Porque estamos solos.

Cristóbal.—¡Por eso presisamente!

Sofía.—¿Y si viene la señorita?

Cristóbal.—Le das otro a eya pa que no tenga envidia.

Sofía.—Habla con formalidad, Cristóbal.

Cristóbal.—Bueno. pos m'a dicho mi capitán que vendrá aquí en seguía pa saludá y cono-

sé a tu señorita. Que le preguntes a eya si quer-
rá resibirle ahora mismo.

Sofía.—Pues espérate aquí que se lo voy a
preguntar a ella.

Cristóbal.—Oye; ¿no tienes ahí algo de
aquí, (*Indicando comida*) pa entretenerme
mientras tu vuerves con er reca? Porque er
mardito rancho no m'a sentao bien.

Sofía.—¿Te gustan los dulces?

Cristóbal.—Mujé, si no tienes más que eso
 tráelo. ¿A quién le amarga nunca un durse?

Sofía.—Pues voy por él. (*Se va por el foro
y vuelve*).

Cristóbal.—¡Argo se pesca! Esta me da hoy
un durse... mañana me da jamón.

Sofía.—Toma, cómete ese pastel. Eso te
gustará más que el abrazo.

Cristóbal.—No; el abraso estaría mejó con
er durse, y er durse con el abraso.

Sofía.—Bueno, confórmate ahora. (*Se va.*)

Cristóbal.—¡Hay que vél ¡Lo que é er cariño!
En seguía saco raja. Cuando estuve en Aranjú
tuve de novia dos cosineras. La una me daba
de armorsá y la otra de sená. Aquí me parese
que no he caío mar der tóo. Esta Sofea, o So-
bonita, como yo la yamo, me va a dá argun dia
hasta la despensa. ¡También é suerte la mial ¡Ye-
gá aquí un sábadó, y ar dia siguiente novial A
los cuatro dias en casa con eya sola y conviao
con un durse, como quien dise: conviao pa vor-
vé muchas veses.

Merceditas.—¿Es usted el asistente del capitán Fernández de Córdoba?

Cristóbal.—Cristóba Dergao y Rubio pa servir a usted. ¿Y usted é la señita Mercedes?

Merceditas.—Servidora de usted.

Cristóbal.—¡Gracias! Perdona usted que le diga, señita Mercedes, que mi capitán no la ha visto a usted bien; porque si ahora sin conoserla apenas na más que de haberla visto de paso, está chalao por sus peasos de usted, ahora cuando la vea a usted y la conosca de serca se va a poné loco e remate, ¡pero loquito der tóo!

Merceditas.—¡Gracias, hombre, por esa flor

Cristóbal.—¡E la pura verdá, señita Mercedes!

Merceditas.—Pero si a mi me dise usted eso ¿qué le dirá usted a Sofía?

Cristóbal.—A Sofía le digo So...fea; pero pa mí, pa dentro, la yamo So.....bonita, ¿sabe usted?

Merceditas.—¡Ay qué gracioso es Cristóbal!

Cristóbal.—Pa gracioso mi capitán, guapo, buen moso, y mú dicharachero y mú salao. Le digo a usted, señita Mercedes, que si le resibe usted va a queá prendá de él.

Merceditas.—Tiene mucha confianza en usted, ¿verdad?

Cristóbal.—Como que casi semos der mismo pueblo; y él me ha visto a mi más leal que un perro... así que tiene en mi toa su confiansa.

Merceditas.—¿Tendrá novio su capitán, verdad?

Cristóbal.—No, señora; no tiene.

Merceditas.—¿Ni la ha tenido?

Cristóbal.—Tuvo una en er pueblo y se le murió hace dos meses, cuando se iban a casá. Yo la conosía. Era una mujé guapísima, asi como usté, no agraviándola a usté, y de su estatura y de su porte poco má o menos.

Merceditas.—¿De veras?

Cristóbal.—Como que creo que le va usté a recordá aqueya novia en cuantito la vea. La quería muchísimo, ¿sabe usté? porque mi capitán pa queré se pinta solo.

Merceditas.—¿Y a la familia del capitán también la conoce usted?

Cristóbal.—Sí, señora; é una familia mu buena y de buen linaje. Como que é descendiente de aqué gran Capitán que se yamó D. Gonzalo Fernández de Córdoba. ¿Usté no ha oío hablá alguna ve de las cuentas der gran Capitán? Pos a aqué Capitán se refiere.

Merceditas.—¿Y cómo conoce usted a su familia?

Cristóbal.—¿No le he dicho a usté que casi semos der mismo pueblo? Er mio está mu serquita der suyo, y yo tengo familia ayí en aquer pueblo y con ese motivo he ío ayí muchas veces. Por eso mi capitán, a quien me recomendó su familia, me cogió de asistente suyo.

Merceditas.—¡Muy bien, Cristóbal, muy bien!

Cristóbal.—Quié usté ahora hasé er favó

de desirme lo que he de desí yo ar pobresito e mi capitán, que está deshechito por vé a usté y se le hará que he tardao?

Merceditas.—Pues dígale usted que con mucho gusto le recibiré, y tendré en ello un honor.

Cristóbal.—¡Gracias, señita Mercedes! Usté luego se lo va a tené que agrade sé a usté misma. Con permiso de usté. Selebros conoserla y tengo mucho gusto en desirle que estoy a sus órdenes, y que lo estaré má en adelante, porque ví a tené que sé asistente de usté también.

Merceditas.—¡Gracias! ¡Adiós, Cristóbal! (*Se asoma al foro y llama a Sofía*). ¡Sofía!

Cristóbal.—¡Adiós, señita Mercedes! (*Al salir se encuentra con Sofía que entra*). ¡Adiós, Sofea! Sofía.—¡Que no me llamo Sofea!

Cristóbal.—¡Adiós, Sobonita! (*Se va por el foro*.)

Merceditas.—¡Tienes un novio muy simpático y muy gracioso!

Sofía.—¡Muy chocante! ¿Le ha gustado a usted?

Merceditas.—¡Mucho! ¡Es muy salado!

Sofía.—Hay que hablar con él para saber lo que es.

Merceditas.—Está al cuidado de la puerta por si viniera ahora el capitán, que yo me voy a arreglar un poco. (*Se va por el foro*)

Sofía.—¡Esto sí que va a estar bueno! Por causa mia va a tener novio mi señorita. ¡Lo

que hace la casualidad a veces! Mire usted que preguntarme a mí Cristóbal por la señorita que tiró el ramo. ¡Ay! ¡Llaman! Voy a ver. (*Sale Sofía y entra Merceditas*).

Merceditas.—Ya estoy bien así, no me arreglo más.

Sofía.—(*Entra con una tarjeta*). Señorita, este señor pregunta por usted y desea verla. ¿Será el capitán?

Merceditas.—(*Leyendo*) Alfredo Fernández de Córdoba. Capitán de Infantería.—Dile que pase. (*Sale Sofía*) ¡Ay! ¡Que apuros! ¡Dios mío, buena suerte!

(*Entra el Capitán con uniforme. Es un buen mozo, guapo y arrogante con marcado acento andaluz*).

Alfredo.—(*A la entrada*) ¿Se puede, señorita?

Merceditas.—Pase usted caballero.

Alfredo.—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Mercedes Castillo Parraverde?

Merceditas.—Servidora de usted. (*Se dan la mano*). Hágame el favor de tomar asiento. (*Se sienta*).

Alfredo.—Con su permiso. (*Id.*) Vengo a dar a usted personalmente las gracias por la delicadesa que tuvo usted para conmigo el día de nuestra entrada en esta población.

Merceditas.—De nada, caballero; no merece la pena. Me parecía a mí que por patriotismo y por cortesía estábamos todos los vecinos

de la ciudad obligados a hacer a ustedes grata su entrada con un buen recibimiento. Eso es todo.

Alfredo.—Y no es poco, señorita. Aunque fué muy buena y muy entusiasta nuestra acogida, sin embargo, nadie tuvo la galante y amable delicadesa de arrojar flores a nuestro paso más que las bellas señoritas que adornaban este balcón; y eso es tanto más de agradecer cuanto que nadie más lo hizo. Créame usted, señorita Mercedes; cuando el ramo que se desprendió de esas asusenas que tiene usted por manos dió en mi corasón, parece que una corriente eléctrica conmovió y sacudió todo mi cuerpo, y al mirar al balcón y verla a usted quedé prendado de su hermosura y su beyesa, como le desía a usted en mi carta que habrá resibido esta mañana.

Merceditas.—Sí, señor; esta mañana la recibí con gran sorpresa y mayor satisfacción.

Alfredo.—¡Merseditas! ¡Es usted muy bondadosa!

Merceditas.—¡Gracias, capitán! No lo es usted menos que tan agradecido se muestra a tan pequeña atención.

Alfredo.—Merseditas, no es tan pequeña cuando yo fuí el preferido de tan amable delicadesa.

Merceditas.—Tal vez fuera una casualidad, una inspiración, una locura mia.

Alfredo.—Sería una inspiración, porque ya

le desía en mi carta, que con su ramito me había lansado una saeta el niño Amor; pues desde entonses, Merseditas, es usted mi único pensamiento, mi sueño dorado, mi ilusión más cara; desde entonses... la amo a usted.

Merceditas.—¡Alfredo!

Alfredo.—¿Y mereseré de usted el favor de ser correspondido, Mercedes? ¿Podré abrigar esa esperansa? ¡Hable! ¡Dígame que no es vana esta ilusión que acarasio desde aquel dia!

Merceditas.—Tenga usted esa esperanza, Alfredo; entre nosotros se estableció desde ese momento una corriente de simpatía que es principio del amor, si ya no es el amor mismo.

Alfredo.—¿Qué dise usted, Merseditas? ¿Que no es una quimera mia? ¿Que no es una ilusión? ¿Que puedo esperar que usted me corresponda? ¡Hable!

Merceditas.—(*Ruborosa y con la vista en el suelo.*) ¡Que también desde aquel dia no sé lo que pasa por mí, que no he tenido un momento de tranquilidad!

Alfredo.—¡Oh, qué felisidad derraman sus palabras en mi alma! ¡Cómo siento despertar hoy a nueva vida! ¡Usted acaba ahora de endulsar mi existensial!

Merceditas.—¡Ay, Alfredo; la misma felicidad y la misma dicha siento yo en este momento!

Alfredo.—Y me felisito de haber venido a saludarla y conoserla personalmente por haber

podido apresar de serca su beyesa, su bondad y su nobleza de alma; y porque en esta visita he encontrado mi felisidad.

Merceditas.—¿Porqué me parecía a mí que usted y yo habíamos de simpatizar desde el momento en que nos miramos?

Alfredo.—Por intuición. La mujer en asuntos de amores es muy perspicaz, Merseditas.

Merceditas.—¡Ay, Alfredo! ¡Qué dicha la mía!

Alfredo.—¡Es mayor la mia, Mercedes, que he encontrado un tesoro de beyesa y de bondad!

Merceditas.—¡Gracias! Con mucho gusto lo presentaría a mis papás, pero no están en casa.

Alfredo.—Tendría verdadera satisfacción; pero ya volveré a visitarlos y entonses me presentará usted. (*Se levanta.*)

Merceditas.—¿Cuándo podré esperar su nueva visita?

Alfredo.—¿Podré volver esta noche?

Merceditas.—¡Con mucho gusto!

Alfredo.—(*Dándole la mano.*) ¡Merseditas!

Merceditas.—¡Alfredo!

Alfredo.—¡Adiós!

Merceditas.—¡Adiós! ¡Hasta luego! (*Le acompaña hasta el foro y llama a Sofía.*) ¡Sofía! ¡Sofía! Acompaña al señor. (*Se va Alfredo.*)

Merceditas.—(*Vuelve y se sienta quedando pensativa hasta que entra Sofía.*) ¿Pero es una

realidad o es un sueño? ¡Lo que yo creí una locura de una chica joven ha dado este resultado! ¡Ay, qué felicidad que no me cabe en el alma y sin tener a quién comunicarla! Mis papás no están en casa, ni Juanito, ni mis amigas, ni nadie. ¿No me engañará? ¿Será sincero? Al menos lo parece.

Sofía.—¡Señorita, sea enhorabuena!

Merceditas.—¿De qué, Sofía?

Sofía.—¿De qué va a ser? Del novio.

Merceditas.—¿Tú qué sabes? ¿Has estado curioseando?

Sofía.—Yo no, señorita. ¿Pero no lo voy a saber cuando me lo dijo mi Cristóbal?

Merceditas.—¿Y tu Cristóbal qué sabe?

Sofía.—¿No ve usted que conoce mucho a su capitán y decía que estaba *chaleo* por usted?

Merceditas.—Pues, sí, Sofía; me ha dicho que me ama. No tengo a quién comunicarlo ahora más que a tí, y necesito decirlo a alguien, porque la alegría se desborda.

Sofía.—Lo mismo me sucedió a mí. ¿No ve usted como yo se lo dije en seguida?

Merceditas.—Pero serás reservada, ¿verdad?

Sofía.—Descuide usted, señorita. Me parece que han entrado su mamá y su tía. Se ha acabado pronto el funeral.

Merceditas.—¡Cuidado, no digas nada! ¡Y menos a don Pepito!

Sofía.—A don Pepito no le digo yo nada.

¿Pues no me pidió relaciones a mí el día que vino el Regimiento?

Merceditas.—¿A tí?

Sofía.—¡A mí, a mí, señorita! Le dije que cuando no lo querían ustedes ¿cómo lo iba a querer yo?

Merceditas.—¡Jesús, qué chica! ¿Eso le dijiste?

Sofía.—Así es que debe de estar enfadado conmigo. ¡Pa que yo le diga nada!

(*Entran D.^a Emilia y D.^a Tecla, ya en traje de casa.*)

Merceditas.— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tia Tecla! ¡Un abrazo!

Emilia.—Pero, hija, ¿qué es eso? ¡Me has asustado! ¿Qué pasa? (*Se abrazan*):

Tecla.—¿Qué te sucede? ¿Qué es eso? (*Id.*) ¡Merceditas!

Merceditas.— ¡No os asustéis; que tengo una alegría muy grande! ¡Cuánto he sentido que no estuviérais aquí!

Emilia.—¿Pero qué es? ¡Habla, hija!

Merceditas.—¡No puedo! (*Conmovida, casi llorando*) ¡No puedo! Vamos al gabinete. ¡Ya os hablaré! ¡Vamos!

Emilia.—¡Vamos, Vamos! ¡Serénate, mujer!

TELÓN

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Salón del piano en casa de D. Salustiano Castillo. Puerta al foro. A la derecha en el rincón un piano, o pianola, en el que acaban de tocar una pieza antes de levantar el telón.

Al levantarse este, están en escena por parejas, y como si acabaran de bailar, Mercedes y Alfredo, Juanito y Amparo, Rodolfo y Celia, Margarita y Alberto, y Gloria y Pepito, convenientemente distribuidos. Es de noche. Rodolfo y Alberto son tenientes.

Margarita.—¡Yo no bailo más! Estoy cansada, porque... ¡lo hemos hecho bien!

Celia.—¡Sí que hemos bailado mucho!

Juanito.—¿Les parece a ustedes que en este descanso bajemos al jardín? La noche está deliciosa y con una luna...

Pepito.—Que convida a los enamorados.

Rodolfo.—Ciértamente. No dejará de tener poesía un jardín en noche de luna ocupado por varias parejas de jóvenes.

Juanito.—Pues vamos, que la luna y las flores convidan siempre a los románticos como Pepito.

Margarita.—¡Vamos, vamos! Y dejaremos

aquí a Merceditas con el capitán, que hoy tendrán muchas cosas que decirse. ¡Hasta luego! (*Salen todos menos Alfredo y Merceditas.*)

Rodolfo.—¡Hasta luego, mi Capitán! (*Se va.*)

Alfredo.—¡Hasta luego! Que la luna les inspire. (*A Merceditas.*) ¿Estás contenta, Merceditas?

Merceditas.—¡Muchísimo! ¿Y tú?

Alfredo.—Estando a tu lado lo estoy; se me ensancha el corazón y no me cabe de gozo en el pecho.

Merceditas.—¡Alfredo! ¿Es cierto? ¿No me engañas?

Alfredo.—¿Ya dudas? ¡No me conoses!

Merceditas.—No dudo, no; no sé lo que es, pero como los andaluces teneis fama de exagerados...

Alfredo.—No hay en mis palabras exageración. Créeme, Merceditas; te quiero mucho, mucho, desde la primera vez que te ví por tu beyesa y por el rasgo de delicadesa, de que ya te he hablado y que fué la causa de todo; te quiero, porque sé que eres buena; te quiero, porque esta mañana me cautivaste segunda vez; y te quiero, porque tu imagen y tu porte y tu beyesa y tu modo de hablar y tu simpatía me recuerdan a la única mujer que yo quise en el mundo. ¡Hasta tu nombre es el mismo! Así, que no sé si tú eres sombra de aqueya, o aqueya misma que ha resusitado y se ha venido a vivir a esta ciudad.

Merceditas.—¿Y no tuviste más novia que esa?

Alfredo.—¡La primera y la única, hasta que he tenido la dicha y el plaser de conoserme a tí!

Merceditas.—No me engañó tu asistente.

Alfredo.—¿Le examinaste?

Merceditas.—No; él que es muy oficioso y sabe servirte bien, y me fué infiltrando más cariño hacia tí con su charla.

Alfredo.—Así es. Es un moso ese muy barbián.

Merceditas.—Y muy simpático.

Alfredo.—Y es de toda mi confiansa. No hay cosa que le mande que no ruede por haserla. Por él descubrí yo tu nombre para poder dirigirte mi carta.

Merceditas.—Ya se ve que te sirve para esos menesteres.

Alfredo.—¡Estaría escrito que había de encontrarte en mi camino. Merseditas!

Merceditas.—¿Donde?

Alfredo.—En el libro de mi vida.

Merceditas.—¿Vamos al jardín?

Alfredo.—¡Vamos donde tú quieras!

(*Entran D. Salustiano, D. Andrés, D.^a Antonia D.^a Emilia y D.^a Tecla.*)

Salustiano.—¡Hombre! ¿Ustedes no quieren jardín en noche de luna?

Merceditas.—Sí, papá, ahora vamos. (*Se van.*)

(*Se sientan todos los que entraron.*)

Andrés.—Está una noche deliciosa. ¡Qué bien se estará en el jardín!

Antonia.—Muy bien se está. Nosotras estuvimos un rato mientras ustedes en el casino y estuvimos muy a gusto.

Safustiano.—¡A propósito del casino! ¿Sabes, cuñadita, lo que se dice?

Peña.—Algún despropósito que tú dirás.

Safustiano.—Pues que estais de enhorabuena las solteras.

Peña.—¿Sí? ¿Porqué, gracioso?

Safustiano.—Porque os vais a casar todas; pues con esto de la venida del Regimiento y el impuesto que crean para los solteros, todos los de la ciudad se aprestan a contraer matrimonio.

Peña.—Pues búscame un buen novio.

Safustiano.—Quedo en el encargo.

Pepito.—¡Hola! Ustedes no quieren luna, ¿verdad?

Safustiano.—No; ni tú tampoco por lo visto.

Andrés.—¿Y se viene usted estando allí las chicas

Emilia.—¿Cómo es eso, Pepito?

Pepito.—Señores, si yo no tengo ni estrella ¿cómo voy a querer luna? A mí la luna no me dice nada.

Safustiano.—Ni a mí tampoco.

Pepito.—A usted ya pasó el tiempo de que se lo diga. Pero yo, ¿qué voy a hacer en el jardín si no consigo que una chica me mire a la

cara? Si no hacen más que mirar los uniformes. No logro ni que me atiendan en la conversación.

Salustiano.—Tecla, ya tienes aquí tu novio.

Pepito.—¿Qué? ¡Vamos, hombre!

Salustiano.—Hombre, ya que no te quieren las jóvenes, a ver si te quieren las viejas; porque tú no te resignas a quedarte soltero, ¿verdad?

Pepito.—¿Yo? ¡Primero me caso con doña Tecla si ella me quiere!

Antonia.—¡No está mal!

Andrés.—¡Bonito casamiento!

Tecla.—Pepito, no hagas caso a las bromas de don Salustiano. El cree que siempre hemos de estar del mismo humor suyo.

Pepito.—Bueno, bueno, con la música a otra parte.

Salustiano.—¿Donde vas, Pepito?

Pepito.—¡A la Gloria otra vez!

Salustiano.—¡Buen viaje, chico!

Antonia.—Pero, hijo; ¿cómo te vas tan lejos?

Pepito.—No, mamá, voy al jardín otra vez a ver a Gloria, y a hablar con Gloria, y a pensar en Gloria.

Salustiano.—¡Bien glorioso y glorificado vas a quedar!

Pepito.—¡Hombre! ¡D. Salustiano! ¿Conser-va usted todavía su traje de soldado?

Salustiano.—¿Para qué lo quieres, hombre?

Pepito.—Para ponérmelo, a ver si así me miran y me quieren las jóvenes. Le pedí rela-

ciones a Margarita y como iban a venir los militares ¡calabazas! Se las pido ahora a Gloria y como ya están aquí los militares ¡calabazas! ¡Hombre, don Andrés, interceda usted con sus hijas a ver si hacemos algo! (*D. Andrés se rie*).

Salustiano.—¡Eso ha estado bueno, Pepito!

Antonia.—¿Pero cómo te van a querer siendo tan informal, hijo?

Pepito.—Ya conozco yo a algunos más informales que yo y están casados, porque los quisieron.

Emilia.—¡Tómatela, Salustiano!

Salustiano.—¡Alusión se llama esa figura! ¡Chócala, Pepito, que esta vez has estado mejor! (*Se dan la mano*.)

Pepito.—Bueno, ¡hasta luego! (*Se va*).

Salustiano.—¿Vamos nosotros, don Andrés, a dar una vueltita por el jardín?

Andrés.—Vamos a ver que hay por allí. Pero, chico, nuestra presencia va a interrumpir algunos idilios.

Salustiano.—Mejor, hombre; eso es lo que a mi me gusta, aunque, no creas; a los chicos de hoy no se les interrumpe ni la digestión por nada. (*Se van*.)

Antonia.—¡Qué buena verdad ha dicho ahora su esposo, doña Emilia!

Emilia.—¡Tiene usted razón, doña Antonia! ¡Pronto en nuestros tiempos había en las niñas la libertad que hay hoy!

Peña.—Si yo hubiera sido tan coqueta co-

mo son algunas niñas de hoy me hubiera casado a mi tiempo. Pero, ¡ay! amigas, una vida como la mía, sin libertad, encerrada en casa, no me inspiró nunca gran deseo del matrimonio, como sienten hoy las chicas. Tuve pretendientes, pero los rechacé. Hoy, ¡váyle usted a una chica a la mano en eso de admitir al primero que le llegue!

Antonía.—¡Así es, doña Tecla! Aquella era otra vida de más formalidad y mas sujeción. Ahora, vea usted las modas, la desenvoltura de las chicas, sus diversiones y todo. Pero lo peor es que tenemos la culpa las madres; porque si a nosotras nos educaron de otra manera ¿por qué consentimos que nuestras hijas sean y vivan y se eduquen de otro modo?

Emilia.—¡Qué se va a hacer! Lo traen así los tiempos y creo que no tiene remedio.

Tecla.—Esos escotes que les consentís a vuestras hijas que son como buzones para que los muchachos atrevidos... esas faldas cortas hasta casi las rodillas; esas melenas de muñecas lloronas... ¡Jesús, Jesús! ¡Lo que traen las modas y cómo esclavizan a las mujeres! ¡Por eso no se casan hoy tantas! Que no anden con que los chicos o no los chicos, los militares o no los militares. Es que con lo cara que está hoy la vida y el lujo que gastan las mujeres, temen los hombres casarse, porque no pueden sostener ese boato; porque para eso necesitarían todos tener renta de marqueses.

Emilia.—Es cierto, hermana. Así es.

Antonia.—Esa es la verdad, doña Tecla.

Tecla.—Es la verdad, y sin embargo, por decir la verdad es por lo que yo parezco rara, porque me gustan las cosas por el camino de la rectitud, de la justicia y de la verdad. Bueno, yo con permiso de usted, doña Antonia, voy para mi habitación para ir rezando mis devociones. Ya volveré otro ratito si me queda tiempo y si no ¡hasta mañana!

Antonia.—¡Hasta mañana, doña Tecla! ¡Que usted descansel

Emilia.—¿Vamos otro ratito al jardín?

Antonia.—Sí, vamos; así puede ser que se termine antes la tertulia, porque ya va siendo hora.

Emilia.—¡Todavía es pronto, doña Antonia!
(*Se van*).

(*Entran Gloria y Pepito que suben del jardín*)

Gloria.—¡Que no, que no y que no!

Pepito.—Bueno, mujer, sea lo que tú quieras.

Gloria.—A mí ninguno de esos tenientes me ha hecho gracia.

Pepito.—Pues ¿porqué entonces no me atendías y no hacías más que mirar a ellos?

Gloria.—Por curiosidad. Ya viste que cuando te viniste de allí y me dejaste sola, me quedé llorando.

Pepito.—Pero, Gloria, ¿entonces es que de verdad me quieres?

Gloria.—¿Todavía no lo conoces, Pepe? ¿No lo has advertido hace mucho tiempo?

Pepito.—¡Bendita seas, Gloria de mi vida! Pero ¿porqué antes me despreciaste?

Gloria.—Por probarte, por darte celos con los tenientes, y por saber yo con certeza si era firme tu cariño.

Pepito.—¿Pero no te lo he demostrado con mi insistencia en mendigar el tuyo?

Gloria.—Ya me he convencido, Pepe; pero considera que habías pedido relaciones a Margarita, y aunque yo te quería desde hace tiempo en secreto, no me iba a mostrar yo rival de mi hermana.

Pepito.—¡Gracias a Dios que llegó el día de mi felicidad! ¡Gracias a Dios que encontré a quien me quiere! ¡Qué ciego he estado hasta hoy que, teniéndote tan cerca de mí, no te había comprendido!

Gloria.—¡He sufrido mucho! Me parecía que querías a todas menos a mí. Y mira, no lo he dicho a nadie; pero ahora lo vas a saber tú, porque quiero que lo sepas. El día que vino el regimiento no le tiré el ramo de flores a ningún militar, porque pensaba en tí, porque esperaba que me quisieras, y fingí que me quedé con él en la mano por olvido.

Pepito.—¡Gracias, Gloria! ¡Te creo y veo que he sido muy torpe en no comprenderte antes!

Gloria.—He derramado muchas lágrimas

pensando en tí; sobre todo, cuando me dijeron que como un desesperado le pediste relaciones hasta a la criada de Mercedes. ¡A todas, menos a mí que te quería!

Pepito.—¡Perdóname, Gloria! Yo creí que tú tenías otras aspiraciones, y cuando te oía hablar de los militares pensaba que no te conformarías menos que con un general.

Gloria.—También Margarita hablaba de militares y le pediste relaciones.

Pepito.—Pero es que ella se conformaba con un soldado de cuota, y me igualaba yo a uno de ellos.

Gloria.—¡Pepito!

Pepito.—¡Gloria mía! ¡Ya no me tiro al tren!

Gloria.—Ni antes. Ese miedo no lo tenía yo.

Pepito.—Tienes razón, ni antes. ¡Amo yo mucho la vida para perderla así como quiera!

Gloria.—Es que tú eres otro D. Salustiano, que tienes tomada la vida en broma.

Pepito.—¿Y no es mejor ser así? ¡Así no se sienten penas! Oye; ¿porqué se marcharon los tenientes?

Gloria.—Porque, según dijeron, estaban de servicio.

Pepito.—¿Y crees tú que sea esa la verdad?

Gloria.—No tengo motivos para creer que no sea. Se despidieron diciendo que sentían muchísimo no poder continuar la tertulia porque el servicio les reclamaba.

Pepito.—Y ¿porqué vinieron?

Gloria.—Invitados por el capitán a quien autorizó Merceditas para que los invitara. Como veníamos aquí Celia, Margarita y yo, quería que hubiera otros tantos jóvenes.

Salustiano.—¡Hombre! Pepito, ¿pero estás aquí? ¡Y nosotros buscándote por toda la casa!

Pepito.—Pues ¿qué ocurre?

Salustiano.—Nada, hombre, nada. ¡Que creíamos que te habías marchado a tirarte al tren!

Pepito.—¡Cá, hombre! ¿No le dije a usted que me iba a la Gloria? ¡Pues mírela usted aquí!

Salustiano.—Pero, hombre, ¿entonces ya no necesitas mi traje de soldado?

Pepito.—No, señor. Ya he encontrado quien me quiera sin ser militar.

Salustiano.—¡Pepito! ¿Es posible? ¿Qué dices, Gloria? ¿Es cierto?

Gloria.—Sí, señor.

Salustiano.—¡Caramba! ¡Entonces voy a dar la noticia! Pues si este era el problema más grande que se ventilaba aquí: el de tu casamiento! ¡Voy, voy en seguida! (*Sale dando voces como si desde la puerta hubieran de oírle*) ¡Chicas, chicas! ¡Venid, venid aquí!

Gloria.—¡Ay, qué vergüenza! ¡Vámonos de aquí!

Pepito.—Vámonos. (*Se van*).

Sofía.—¿Qué pasa? ¿Qué será que va el señor dando voces?

Cristóbal.—¿Chiquiya? ¿Qué ocurre? ¿Hay fuego? ¿Aonde es er fuego?

Sofía.—¿Qué fuego? ¡Si no hay nada!

Cristóbal.—Pos si ha salío ahora mismito, D. Pepe de aquí, disiéndome a mi que estaba en er portá: ¡Sube, sube, que hay fuego y ví a avisá a los serenos!

Sofía.—¡Ay, Dios mio! ¡Fuegol! ¡Fuegol!

(*Entran Margarita, Celia, Amparo, Juanito, Mercedes, Alfredo, D.^a Antonia, D.^a Emilia, D. Andrés y D. Salustiano.*)

Margarita.—¡Chiquilla! ¿Qué es eso? ¿Dónde, dónde?

Sofía.—Yo no sé; pero dicen que hay fuego.

Celia.—¡Jesús! Pero ¿dónde es el fuego?

Amparo.—¿Qué pasa?

Juanito.—¿Qué hay? ¿Dónde está el fuego?

Sofía.—No; si por lo visto aquí no hay nada.

Mercedes.—Pero ¿y Pepito? ¡Como si lo viera que es una broma de Pepito! ¡Mamá, mamá! No te asustes que no hay nada. Ha debido ser una broma de Pepito.

Emilia.—Y de tu padre.

Salustiano.—Mia no, protesto. Yo no iba más que a daros la noticia de lo de Pepito y Gloria.

Andrés.—¿Pero y dónde está Gloria?

Salustiano.—¡Si estaba aquí con Pepito cuando yo he bajado!

Antonia.—¿Y Pepito?

Salustiano.—Con Gloria.

Merceditas.—Pero, Sofía; a ti ¿quién te dijo que había fuego?

Sofía.—A mí éste. (*Por Cristóbal*).

Salustiano.—¿Y ése quién es?

Cristóbal.—Cristoba Dergao y Rubio, asistente der gran capitán D. Alfredo Fernández de Córdoba.

Podos.—¡Ja, ja, ja!

Salustiano.—Y a usted ¿quién se lo dijo?

Cristóbal.—Pos vereis ustés. Estaba yo en er portá de esta casa esperando órdenes de mi capitán, cuando sale corriendo de estampía don Pepito y va y me dise: ¡Sube, sube, que hay fuego y yo ví a avisá a los serenos! y subí y me encontré aquí con Sofea...

Salustiano.—¿Quién es Sofea?

Cristóbal.—Sofea la yamo yo, pero é pa desirle Sobonita ¿sabe usté? Bueno, pos verá usté; yego aquí y le digo ¿aónde es er fuego? ¿aónde? ¡dímelo en seguía, que no quiero que se quemem mi capitán y la señita Mercedes! Y eya va y se asusta y empieza a dá voses disiendo: «¡Fuego! ¡Fuego!» Pero por lo visto no ha resurtao na, y má vale así; ¡yo m'alegro de que no haya sío más que er susto!

Antonia.—¡Jesús, qué chico más informal va a ser toda la vida!

Emilia.—¡Júntalo con Salustiano!

Salustiano.—No, que ese es más granuja que yo; pues como dije que iba a comunicaros

la noticia ha inventado esa estratagema para evitar las felicitaciones.

Cristóbal.—Con permiso de los señores ¿se pué marchá Cristóba?

Salustiano.—¿Sabe usted donde estará Pepito?

Cristóbal.—Si queréis ustés lo traigo yo aquí ahora mismito.

Alfredo.—Ve, y no te vengas sin él.

Margarita.—Y yo voy a buscar a Gloria.

Gloria.—(*Entrando.*) No, que ya estamos aquí.

Pepito.—(*Id.*) ¿Y el fuego? ¿Se apagó ya?

Salustiano.—Ven acá, granuja. ¿Tú crees que te vas a escapar de recibir nuestros plácomes? (*Lo coge por un brazo y lo coloca con Gloria a su derecha en medio de todos diciendo.*) ¡Aquí lo tienen ustedes! ¡Ya encontró quien le quiera! ¡Enhorabuena, pollos! ¡Que seais muy felices! (*Le da la mano.*)

Pepito.—¡Gracias, muchas gracias!

Margarita.—¡Enhorabuena, hermana!

Alfredo.—¡Pepito, qué sea enhorabuena!

Merceditas.—¡Gloria, me alegro, mujer!

Amparo.—¡Felicidades!

Celia.—¡Chicos, por muchos años!

Juanito.—¡Chócala, Pepe, a vivir!

Salustiano.—(*Al ver que Pepito queda con la mano tendida como esperando alguna felicitación más, dice a Cristóbal.*) ¡Anda tú, Cristóbal!

Cristóbal.—Pos como se dise en mi tierra:

Me arrecuesto en lo que han dicho los señores.

Sofía.—Ya encontró usted quien le quiera, ¿eh? ¡Pa que yo le admitiera a usted, D. Pepito! ¡Ahora no estará usted desesperao! ¡Pues que sea enhorabuena!

Pepito.—Bueno; ¿esta noche hemos celebrado el arreglo de Merceditas? pues otro día celebraremos el de Gloria y el mio. Quedan invitados todos los presentes a un lunch en La Fortificante.

Todos.—¡Aceptado! ¡Bien, bien! ¡Se agradece!

Pepito.—(*Adelantándose al proscenio*)

Aunque vino el regimiento
no me he quedado sin novia;
expuesta en el argumento
queda la razón, que es obvia.

Ahora, si fuè del agrado
de ustedes esta comedia,
un aplauso prolongado
pido, que dure hora y media.

T E L Ó N

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo Autor

AMOR. Poemas novelescos..... 3'00 ptas.

«ER PERIODISTA» Sainete en
un acto, dividido en dos cua-
dros, con música de L. Blanco 2'00 ptas.

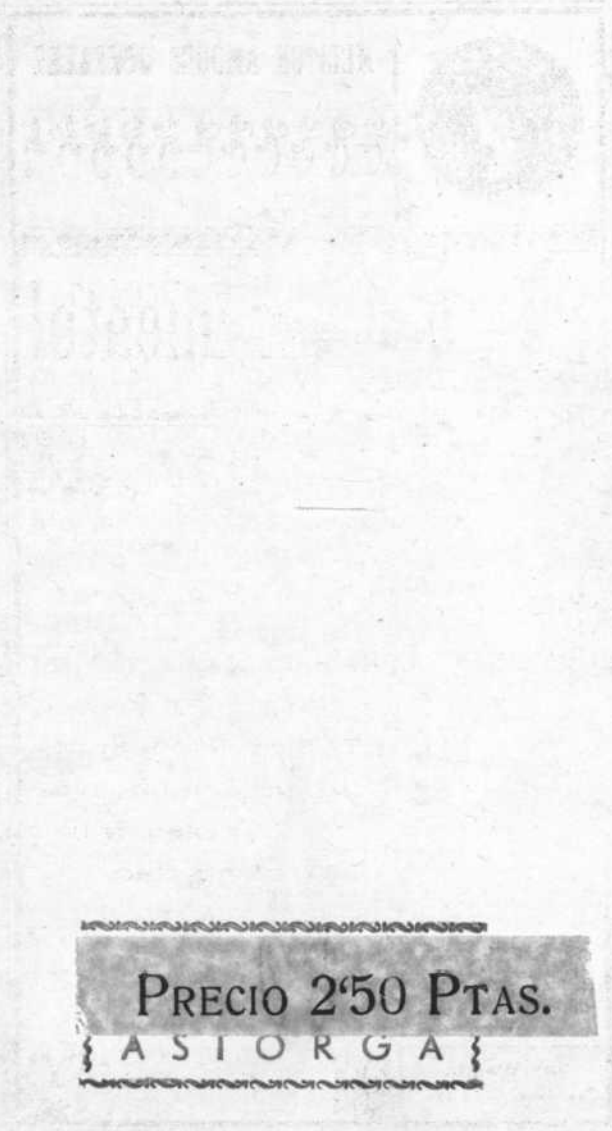
ANGEL RODRÍGUEZ (ALIAS) «ER
PERIODISTA» Comedia en
tres actos y seis cuadros, con
música de L. Blanco..... 2'50 ptas.

MIS AMORES. Poesías religio-
sas, místicas, patrióticas, etc. 4'50 ptas.



1219-00000000

700



PRECIO 2'50 PTAS.
{ A S I O R G A }